

VOCES REMOTAS EN ALBIÓN

VÍCTOR CONDE



se

Lectulandia

El nueve de abril de 2021 el mundo entero sintió la Señal, un fortísimo haz de pulsos electromagnéticos que bañó la Tierra durante 29,148 segundos. Fue un estallido, casi medio minuto de dolor agónico mezclado con un ruido espantoso. El planeta entero temió que le fuera a explotar la cabeza. La humanidad se había pasado décadas esperando un acontecimiento como aquel y al fin había llegado. Ahora solo quedaba entenderlo.

Un año después, un equipo formado por cuatro mentes brillantes intentará resolver el enigma que la Señal dejó tras de sí.

Lectulandia

Víctor Conde

Voces remotas en Albión

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2019

Título original: *Voces remotas de Albión*
Víctor Conde, 2018
Diseño de cubierta: Ittai Manero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Beatriz.

El misterio es la abertura secreta a través de la cual las
inagotables energías del cosmos se filtran en las
manifestaciones vitales humanas.

Joseph Campbell
El héroe de un millar de rostros

1. El hombre escondido

La doctora Castillo podía oír una música gravitando justo por encima de su espectro auditivo. Quizás proviniera de los cascos del chaval que estaba sentado dos asientos por delante, las piernas dobladas sobre el reposabrazos. Los cascos le traían la música hasta su mismo tímpano, pero eso no significaba que estuviese dispuesto a renunciar al volumen.

Castillo no entendía aquella música carente de melodía, pero tampoco le importaba. Las melodías que quería oír pertenecían a un reino muy distinto del universo electromagnético, uno en el que también había ritmos, sí, y también canciones, aunque para entenderlas una tuviera que reconocer instrumentos de nombre tan extraño como «radiación de la línea alfa-H del hidrógeno».

El tren de cercanías traqueteaba por los raíles como el carrito de un anciano. Pasaba cerca de bosques que se habían apartado gentilmente para dejar pasar las vías, de pueblos aferrados al borde de precipicios que daban a antiguos cauces de ríos y fósiles de iglesias que aún señalaban el lugar donde se suponía que estaba la antena parabólica de Dios. «Ojalá el Señor sepa leer también en la frecuencia alfa del hidrógeno», pensó, «o lo va a tener crudo para poder captar nuestras señales».

La música de aquel adolescente la molestaba, porque imponía un ritmo no deseado a sus pensamientos, como si tras cada pum-pum-pah fuese obligado colocar un ¡eureka! Para concentrarse en la milonga que iba a soltarle al profesor Delagua (malditos fueran sus escondrijos y la paranoia que lo había obligado a ocultarse del mundo) hizo un ejercicio mental de recopilación de ideas. Había aprendido el truco de una amiga escaladora: antes de trepar por una pared, cerraba los ojos y se dejaba caer por un abismo de introspección zen. Eso ponía en orden su mente y la situaba en el ahora, donde debía estar.

Castillo dejó aparte el mundo, los pasajeros del tren, la música insistente, las conversaciones salpicadas por variaciones tonales del norte del país... y cayó por el paisaje que resbalaba por la ventana hacia ese punto en el que el cuadro se difuminaba y ni siquiera sus ojos veían ya lo que estaban viendo.

El primer aniversario de la Señal estaba próximo y la Humanidad se preguntaba cómo lo celebraría. ¿Habría que llenar las calles de música y de fuegos artificiales, y salir a celebrar por todo lo alto que no estábamos solos en el Universo? ¿O lo más sensato sería esconderse a llorar en algún rincón frío y oscuro, en guaridas amuralladas por las antiguas supersticiones? Seguro que habría de todo: gente que tendría ganas de salir a cantar y otra que desearía huir aterrorizada. Personas para las cuales la Señal había sido lo más grande que sucedió en la Tierra desde que el primer mono se cayó de una rama y otras para las que no era más que el prelude del fin.

Para ser sincera, Laura Castillo no sabía en cuál de los dos grupos posicionarse.

El deber de un buen científico era analizar los datos de la forma más objetiva posible, sin conclusiones apriorísticas. Le gustaba esa palabra: «apriorístico». Sus alumnos de la Facultad de Astrofísica solían buscarla en el diccionario. Significaba que uno debía mirar a través de los prismáticos que le había regalado la Naturaleza, sus ojos, intentando dejar aparcado el bagaje cultural y los prejuicios... tarea difícil cuando uno se sabía ser humano antes que máquina.

Castillo era una más de las millones de personas que se habían pasado el último año intentado hallar una explicación racional al enigma. Durante milenios, el ser humano había imaginado que si algún día llegaba un mensaje desde fuera, desde más allá de su propio entorno, sería recibido por unos pocos elegidos. Al principio, cuando los únicos oídos de los que disponía ese ente soñador, ese simio que ansiaba contactar con algo distinto a él y, quizás, mejor que él, eran los oídos del espíritu, pensó que el mensaje también sería espiritual y que un ungido habría de traducirlo a todos los idiomas. Moisés cinceló tablillas. Buda vio cuencos flotando en ríos. Jesús cantó «mira siempre el lado positivo de la vida». Después, cuando esos oídos se volvieron electrónicos, muchos pensaron que solo los aburridos (y un poco locos) científicos que tenían cables saliéndoles del cráneo escucharían la señal y hasta llegarían a encontrar una clave matemática bajo la que latiera un lenguaje.

«Cómo de equivocados estuvimos durante todos esos siglos», pensó con una mueca.

Cuando la Señal llegó, lo hizo con galas suficientes como para ganarse esa mayúscula. No fue un susurro espiritual que conmoviera unos corazones perfectos. No fue el silbido de un radiofaro lejano sobre el que cabalgara una insinuación de inteligencia. Fue algo enorme, un grito estruendoso, un

potentísimo chorro de ondas de radio y de cien fases electromagnéticas que pudo escucharse sin ayuda de antenas. Los animales ladraron, maullaron, piaron, piafaron, mugieron y silbaron cantos de ballena. Los humanos se llevaron las manos a la cabeza como si un sonido estridente les taladrara el cráneo y les hirviera el cerebro. La prensa bautizó aquel convulso día como «el alarido de Dios», mientras miles de personas perdían la vida en aquellos angustiosos veintinueve segundos.

Fue la fecha en la que la Humanidad cambió, a un nivel mucho más profundo del que estaba dispuesta a admitir, el momento en que la pesadilla de científicos como Castillo o Delagua empezó. Antes de eso, su mayor preocupación había sido sobrevivir a ese periodo de represión que llamaban «burocracia». En la actualidad, era la angustia por no entender el mensaje que había bajado de los cielos, por no ver el cuenco ni cincelar la tablilla.

El tren soltó un gemido al frenar. Un cartel que anunciaba sin entusiasmo «Hinojosa del Río» irrumpió en la ventana, entre perros de nariz aburrida que ni se molestaban en olfatear los sonidos.

La doctora rescató de la red de equipajes su mochila y bajó a la estación.

Era un lugar pequeño y tranquilo, como correspondía a un pueblecito al que le interesaba más que los pasajeros siguieran de largo a que se apeasen para disfrutar de su gastronomía. El lugar perfecto que habría elegido ella para ocultarse del mundo.

La plaza mayor era de postal, concebida para ser disfrutada en los rojos desvaídos y los tristes azules de una película Kodak. El templete para la orquesta coronaba una plaza con querubines que parecían borregos pincelados de amianto. Se suponía que sus jardines debían abrazarlo todo, desde los parterres de caléndulas y ásteres al humo del tráfico. Si los coches no tenían dos alerones sobre los faros traseros al modo de los Cadillac de los 50, es que estaban fuera de lugar.

Aquel pueblecito tan pintoresco era un reflejo en pequeño, una especie de maqueta, de lo que había ocurrido en el mundo tras «el alarido de Dios». Era como una casita construida para resistir las tormentas estivales y las ventiscas del invierno, un escudo hecho por un ser humano que quería resguardarse del caos y a la vez disfrutar de toda aquella energía. Solo que el ser humano que contemplaba la tormenta, además, era transformado también por ella.

Aunque no caiga ni remotamente cerca de ti, un rayo siempre te deja galvanizada de energía.

Los signos de aquel miedo latente estaban por todas partes, aunque a primera vista solo se detectaran unos pocos: El dueño de una tienda de

comestibles había instalado una red de antenas de televisión muy viejas. Era una leyenda urbana, una especie de escudo protector con la misma eficacia que ponerse un cucurucho de papel platino en la cabeza. La versión post-Señal de un atrapasueños.

Más allá, tras el kiosco de la música, un cartel advertía de los males del nuevo milenio y ofrecía cobijo en el «sínodo de la Introspección Cabal, donde la tecnología jamás podrá alcanzarte y la Señal será venerada como a un dios».

La doctora buscó la taberna más céntrica y pidió un café. Le explicó al camarero, billete de cien bajo la palma, que estaba buscando a una persona, un hombre que rondaba los sesenta como un lobo ronda a las ovejas, con aspecto de intelectual despistado de esos que se hacen querer en las series de televisión. Alguien que desde luego no era del pueblo. Seguro que lo conocía.

El camarero dijo que sí, que podía tratarse del tipo con las camisas que parecían manteles de cocina, que se sentaba a garabatear tonterías en servilletas, pagando un café o un medio carajillo de vino. Un magro rescate para el tiempo que tenía secuestrada la mesa.

Castillo sonrió y le pagó algo más que eso, una botella de vino blanco. Ocupó la mesa en cuestión y se sentó a esperar. El hombre de los manteles con mangas no tardaría en venir a reclamar su nicho.

No tuvo que esperar mucho. Delagua (era él, no cabía duda, o uno que se había operado para parecerse a la foto del anuario de Biología Molecular del 69) entró con andar despistado en el bar, se dirigió hacia la mesa sin mirarla, como si el hecho de que estuviese ocupada escapara a los cánones de lo posible, y dio un respingo al toparse con la mujer. Fue gracioso, como verlo chocar contra un muro invisible.

—Buenas tardes, profesor Delagua. Me ha costado un montón de billetes de tren encontrarle.

El hombre miró nervioso a su alrededor. Parecía un ganadero del Oeste que sintiera el colt de los bandidos sobre la nuca.

—¿Q... quién es usted? ¿Por qué me busca?

Su tono de voz preocupó a Castillo. Era el de un hombre con auténtico miedo, expuesto a una fobia a la que no sabía dar nombre. Las palabras se enquistaban en sus cuerdas vocales, lllagadas por el pánico.

—Tranquilícese —le dijo ella, con disimulada ternura—. No tiene por qué tener miedo. Soy la doctora Laura Castillo, de la Universidad de Tres Cantos. Mi especialidad es la astrofísica.

—¿Y qué quiere de mí?

—Se está formando un nuevo equipo de investigación para descifrar la Señal, en connivencia con teóricos franceses, alemanes y japoneses. Lo dirige el doctor Joaquín Zamaro, creo que usted le conoce...

El hombre desechó el ofrecimiento. Su rostro lo decía todo: estaba harto de que lo llamaran para esos intentos infructuosos. La Señal no podía descifrarse. Y si alguien hubiese hecho caso alguna vez de sus teorías, en lugar de reírse desalmadamente de ellas, sabría por qué.

—Le sugiero que se compre un billete de vuelta a la Universidad —gruñó, dándole la espalda—. Uno solo. Yo ya no estoy para seguir aguantando esas gilipolleces, ni aunque sea idea de Zamaro.

—¡Espere! Por favor, escuche. —Laura se acercó a él, aunque no quería invadir su espacio. En esos momentos necesitaba parecer suplicante pero no agresiva—. Esta vez será distinto. Joaquín está dispuesto a introducir sus teorías como una variable más en la investigación, no a reírse de ellas. Me dijo que si le aseguraba que usted iba a ser el... eh...

Hubo un instante de silencio, como si a la doctora le costase comprender lo que ella misma estaba diciendo. La mujer del tabernero, una chica bonita aunque torpe, llevaba un cartelito rosa prendido a la camisa que decía:

SI ME ENCUENTRAS DELGADA, PREGÚNTAME POR
HERBAMAX

¡ES LA SOLUCIÓN A TODOS TUS PROBLEMAS!

Leticia ESTARÁ ENCANTADA DE RESPONDER A TUS
PREGUNTAS

Había rellenado todos los espacios interiores de las D y las O y las R con bolígrafo y había dibujado un avioncito gracioso a un lado, como despegando de su nombre.

—¿Que si soy qué...? —preguntó Delagua, mientras aceptaba un sobrecito de azúcar de manos de Leticia.

—El cuarto hombre, sea lo que sea eso. Me dijo que si le aseguraba a usted que iba a ser el cuarto hombre, lo convencería para que me acompañase.

La actitud de Delagua cambió imperceptiblemente. Seguía mirando a la mujer con suspicacia, pero ya no quería salir huyendo. Se metió el sobrecito en el bolsillo, como si la diabetes fuera a exigírselo en sacrificio.

—¿A qué viene tanta prisa por descifrar la Señal? Miles de equipos se han formado por todo el mundo para intentarlo, si es que tal cosa es posible... — Se guardó el corolario «y yo no creo que se pueda, al menos en esta generación», pero Castillo lo oyó igualmente—. Todos han fracasado. Hasta

las mentes más prodigiosas han fallado en la búsqueda de ese santo grial. ¿A qué viene tanta prisa de repente?

—Porque ahora hay algo distinto, un dato que no conocíamos en la época en la que usted se fue.

—¿Cuál?

—Hemos descubierto que existe una cuenta atrás.

2. El grupo se reúne

Delagua se pasó el viaje de vuelta a la Universidad tratando de no fijarse en lo pálida y delgada que estaba la doctora Castillo. Parecía una penitente. Sus agostados senos, el doloroso bulto del hueso pélvico que deformaba la cintura de sus vaqueros, las ojeras crónicas... era la clásica imagen de un científico terminal, una persona obsesionada por encontrar respuestas imposibles en un periodo de tiempo demasiado corto.

Se preguntó si los demás miembros del grupo serían así, ecos de genios juveniles que se hicieron viejos demasiado pronto. ¿Pero a qué venía tanta prisa? ¿Por qué esa repentina obsesión por desvelar el misterio? Los grandes enigmas funcionaban a un nivel latente; eran más bien proyectos a largo plazo que carreras contrarreloj. Nadie había resuelto las ecuaciones de Ascolzi en una sola noche, ni revelado el misterio de las pirámides.

Pero la obsesión estaba allí, en aquellos ojos. Era como si el alma de Laura ya estuviese en la caída final, la que espera detrás de un objetivo vital inconcluso y un buen montón de martinis. La voz de la doctora, sin embargo, era firme y segura de sí misma. Eso significaba que su aspecto escuálido no derivaba de una frustración vital.

Era puro agotamiento.

—¿A qué se refería con lo de la cuenta atrás? —le preguntó. Iban en un autobús casi vacío. Delagua dio gracias por ello. No habría soportado tener cerca un puñado de personas digitando en el aire, en sus dispositivos de realidad aumentada, o hablando por teléfono con colmenas fantasma de amigos. El espectro de las microondas estaba por todas partes, acechándole.

Laura había empezado a dormitar, una fila de asientos por delante de él. Se despejó y lanzó hacia atrás los hombros en un estiramiento mezclado con bostezo. Llevaba puesta una gorra que advertía «Ey, yo no tengo la culpa, voté por los otros».

—Tsk, tsk, tsk. —El bostezo crujió en sus dientes—. Se lo diré si usted me cuenta primero qué significa eso del cuarto hombre. Zamaro se puso juguetón cuando se lo pregunté. Odio cuando juega a los secretitos.

—Oh, es... una tontería, una hipótesis que manejábamos en la Facultad. Aunque lo suyo era la astrofísica y lo mío la biología, que en principio no tienen por qué encontrarse, compartíamos algunas asignaturas. No troncales, sino de la rama de estadística.

—Ya. Pues parecía muy seguro de que usted vendría conmigo, por mucho que odiase la idea, si le mencionaba al «cuarto hombre». ¿Qué es, una especie de chantaje?

Delagua recordó los días de juventud, los teoremas locos, la ciencia en estado puro que inflamaba sus vidas, convirtiéndose en algo *cool* y *pop* más que en aburridas sucesiones de fórmulas. Se vio a sí mismo repasando números junto al bueno de Zamaro, buscando patrones en el caos aparente, asombrándose por la velocidad líquida de aquellas tablas como un esquiador en caída libre. Dejándose llevar por el chisporroteo hipnótico del álgebra mientras saltaba de una demostración a la siguiente.

—La broma surgió de una clase sobre las fuerzas fundamentales de la Naturaleza, las que no se pueden explicar en función de otras más simples. —Espantó un insecto que zumbaba junto a su oído, pero el bicho no existía. Había sido un molesto frente tormentoso de telefonía móvil deslizándose dentro del autobús. Sus tímpanos podían percibirlo—. Zamaro defendía que una quinta fuerza las enlazaba a todas, del electromagnetismo a la gravedad pasando por las nucleares. Pero que no la podíamos deducir porque Dios (sí, es creyente, no sé si se lo habrá confesado alguna vez) no la había desarrollado dentro de la Física común, sino en una realidad con un vector opuesto.

—Venga ya, esos son los clásicos argumentos que usan los creacionistas para disimular sus doctrinas, vistiéndolas de pseudociencia —sonrió Castillo—. ¿Una quinta fuerza fundamental más allá del universo euclidiano? No tiene sentido lógico.

—Lógico puede que no. Filosófico, tal vez. Me lo demostró una vez que me invitó a comer en su casa, mientras acariciaba a sus gatos. Me dijo que el gato es el ser más optimista del universo, porque si se aúpa a una ventana y ve que no puede salir porque está lloviendo, no espera a que amaine, sino que va en busca de otra ventana a ver si las condiciones son las mismas o si en esa otra luce el sol. Busca una solución en otro marco de posibilidades distinto, cuando el problema que le plantea el primero no le satisface.

—Usted es el gato que ofrece la teoría que no casa con ninguna de las otras, la que huye de los paradigmas tradicionales —comprendió la doctora—. Por eso me ha mandado a buscarlo.

—Eso es. Soy el loco que se atreve a decir tonterías. —Se arrebujo más en su chaqueta, que parecía un mantel de cocina. Varios asientos por delante, una joven que llevaba una camiseta de la nueva Cristiandad de la Post Señal Evangélica se puso unos cascos y alzó y bajó la cabeza al ritmo de música religiosa. Una música que Delagua había oído en varias ocasiones y que no tenía nada que ver con los cantos gregorianos, sino con meterle percusión y bajo al chisporroteo de la Señal—. Soy... a ver, símil, por favor... el que soporta las risas y los abucheos en silencio hasta que alguien se da cuenta de la genialidad de mi planteamiento.

—Eso suena un poquitín prepotente, ¿no?

Delagua encogió los hombros.

—Sí, pero es la verdad. No voy a pecar de falsa modestia a estas alturas.

Castillo se acomodó en su asiento, mirándolo por encima del reposacabezas. Su perfume le llegó nítido, un Mirra de Damasco excesivamente especiado. Delagua lo conocía porque era el favorito de su exmujer, el que solía ponerse cuando quería transmitirle mensajes subliminales sobre lo mal que iba su matrimonio: «Esta noche voy a salir, yo sola», o «¿cuándo te vas a meter de una vez en mi boca, a ver si acabamos ya?».

Había acabado odiando ese perfume, pero a Laura le sentaba bien. Era como los nombres que a uno no le gustan puestos sobre la cara de otra persona.

—¿Puedo preguntarle qué teorías son esas tan... políticamente incorrectas? —Condimentó su pregunta con un poco de trasfondo—. ¿Matemática alineal, hipótesis de OVNIS, exobiología no evolucionista...?

—Quizás luego. Ahora cumpla con su parte del trato, por favor. Dígame a qué se refería con aquello de que existe una cuenta atrás.

Castillo cambió de asiento, ocupando el que estaba junto a Delagua. Este se revolvió, pero no le pidió de malos modos que saliera de su espacio vital. El volumen al que ella siguió hablando era tan bajo que si se hubiera alejado aunque fuera un centímetro habría dejado de oírla.

—Seguro que le parecerá melodramático si le digo que lo que voy a contarle es alto secreto, ¿no?

—¡Cómo va a ser secreto nada relacionado con este tema, mujer! La Señal es patrimonio de la Humanidad, lo dice la UNESCO.

—La Señal sí, pero esto no tiene nada que ver con ella.

Había tanta seriedad en la cara de Laura que al profesor se le quitaron las ganas de bromear. Fuera lo que fuese en lo que se estaba metiendo, implicaba meter las zarpas en terrenos muy pantanosos.

—¿Alto secreto al estilo de...?

—El Proyecto Manhattan. O el programa lunar soviético.

A Delagua se le descolgó la boca.

—Oh.

—Por eso dije lo del dramatismo. La gente no se enterará hasta octubre del año que viene, pero las comunidades científicas y militares lo saben ya.

—¿Saber qué, por Dios?

—Será mejor que se lo enseñe con imágenes, porque si se lo cuento no me va a creer.

Sacó de su mochila una tableta y la encendió. Delagua se retorció en su asiento, como si pudiese notar la conexión *wifi* del aparato y la combustión espontánea de bits que ardía en el aire.

—¿Le ocurre algo? —preguntó la doctora, alejando el aparato—. ¿Es por su...?

—Sí, por mi enfermedad. Aparte esa cosa de mí mientras se conecta a la Red, por piedad.

Ella asintió. El síndrome que padecía el profesor se llamaba HBI, «Hipersensibilidad a los pulsos de Baja Impedancia». Era una dolencia que había nacido con la Señal, como si algunas personas hubiesen cambiado tras sentir cómo el pulso les hervía el cerebro y se hubieran vuelto intolerantes a cosas que antes no afectaban a los humanos. Laura sintió lástima por él. Comprendía cada vez mejor por qué se había marchado a un pueblecito de pocos habitantes, sin apenas cobertura ni antenas de microondas en las cercanías.

Se preguntó qué pensaría la muchacha de la camiseta cristiana si le dijeran que la encíclica extraterrestre que veneraba también había traído enfermedades al mundo.

—Me dijeron que su estado era más grave de lo normal —dijo Laura.

—Sí, estoy en la fase cuatro. Hasta ahora solo se conocían tres. Es una jodienda. Perdona por el término.

—¿Cómo es? Me refiero... ¿cómo se siente uno cuando le queman las ondas de radio?

—Es como si fueras albino y te atasen a una tumbona en Barbados durante siete horas. Cosas que al resto de la gente no le hacen daño, que ni siquiera son capaces de percibir, a ti te lastiman. Eres —buscó las palabras, como si no fuera la primera vez que lo explicaba aunque sí la primera que se dirigía a alguien importante— una paloma mensajera con su maldito sensor de luz polarizada estropeado. Y nadie sabe cómo arreglarlo, eso es lo peor.

Aún no ha nacido una rama de la Medicina especializada en traumatismos por Señal Extraterrestre.

—Pues sí, tiene usted razón.

—¿En qué?

—En que es una jodienda.

La tableta se descargó algo muy rápidamente. Laura habría podido lanzarle la imagen directamente a su esfera de realidad aumentada, en caso de que Delagua hubiese tenido una, pero al no ser así se la mostró en pantalla.

—Observe esta imagen. Está en la mejor resolución que pudimos conseguir. ¿Qué es lo que ve?

El profesor acercó su falta de vista al aparato. Ante él estallaban las clásicas nebulosas de puntos en falso color de las fotografías tomadas más allá de la atmósfera. Esplendorosos blancos se peleaban con púrpuras radicales y espinosos negros para conformar un paisaje de espacio profundo, saturado de sombras lejanas que podrían ser estrellas.

Sin embargo, había algo que destacaba: un punto redondo y definido, de un negro más nítido que los grises que pincelaban su entorno. Sin duda era el corazón de la foto, lo que quien quiera que la hubiese tomado quiso subrayar.

—Veo el espacio profundo.

—¿Y qué más?

Rodeó el punto negro con el dedo.

—¿Qué es esto, un asteroide? ¿Un cometa? ¿Una caca de mosca?

—Si alguna mosca logra subir hasta el Hubble para cagar en la lente, yo misma le daré una medalla. No, no es una mosca, ni tampoco un asteroide. En los últimos doce días ha variado por sí solo de velocidad en varias ocasiones, siguiendo un patrón matemático. Es artificial.

Mientras Delagua trazaba una forma ciclópea con el compás de su mente y concebía lo inconcebible, Castillo se limitó a esperar. No era fácil asimilar noticias así, ni siquiera en un mundo post-Señal, cuando todo el planeta parecía tener claro que el primer contacto con una inteligencia alienígena ya había tenido lugar... aunque nadie hubiese entendido un carajo de la conversación.

Delagua recuperó parte de la juventud en aquel rostro decaído, de antiguo borracho a medio recuperar (y eso que él sabía que los alcohólicos recuperados a medias no existen: uno bebe o no bebe, y no hay término medio, solo excusas). Uno de esos rostros que parecían teñirse de colores enérgicos cuando lloraban o estaban a punto de hacerlo.

—¿Qué me está sugiriendo, doctora?

La respuesta de ella se demoró lo que el autobús tardó en detenerse en la parada del campus y dejar subir a unos ruidosos adolescentes que se atrincheraron en los asientos del fondo. Compartieron entre ellos algunas palabras en un argot indescifrable, como desafiando a aquel par de viejos a que entraran en los misterios de su subcultura.

La tableta se apagó sin molestarse en parpadear o perder potencia de algún modo. Se apagó por completo. Se apagó con autoridad.

—Esa cosa está en el mismo plano de la eclíptica que el vector de donde provino la Señal —dijo Laura—, y pasará muy cerca de la Tierra en tan solo veintiún años. ¿Entiende por qué se nos acaba el tiempo?

3. El cuarto hombre

El profesor Joaquín Zamaro llevaba puesto un chaleco inglés y una camisa de franela. *Pure western delight* flotaba en el aire, alrededor de la pipa que chupaba con ansia.

Estaba de pie en el salón de actos del último piso de la Facultad de Astrofísica, donde una claraboya permitía ver las estrellas. Pero no había luces allí arriba, solo densidades de color.

Zamaro deseaba ver estrellas, así que cerró los ojos y se imaginó un campo de nebulosas lleno de joyas, brillantes e inmóviles en la negrura. Idílicas en su proverbial majestuosidad, sumergidas en nimbos de difracción que podía aumentar o reducir cerrando el ojo de su mente. Todas estaban allí, devolviéndole la mirada.

El rumor asolopsístico de las estrellas no era comparable a nada que hubiese sobre la faz de la Tierra, ni siquiera a la acústica oceánica de algunos amaneceres especialmente bellos. Los que sabían escuchar a través de las parabólicas, los «oídos de plato», lo sabían. Cuando la sensibilidad de un oído se afinaba hasta apreciar notas cuyo nivel energético no superaba el de un algodón cayendo al suelo, uno aprendía a leer entre líneas dentro de la propia música.

«¿Qué nos queréis decir?», pensó sin esperar respuesta. La gente aseguraba, en sus charlas de bar, que muchos grandes descubrimientos científicos se habían hecho por casualidad. La suerte, veleidosa Musa con acento griego, ayudaba al científico cuando lo consideraba oportuno y luego él se atribuía todo el mérito. Contaban, por ejemplo, que cuando uno de los padres de la espectrografía, Niels Bohr, estaba revisando su modelo en combinación con la teoría cuántica de Planck, su perro, *Distinto*, se le acercó y empezó a lamerle las manos con cara de hambre. Ese débil empujoncito hizo que la pluma de Bohr hiciera aparecer un chichón en la línea del horizonte de su dibujo, un diagrama del vapor de sodio. Esa imperfección le llevó a pensar que podría haber radiación oculta entre los 589'2 y los 589'6

nanómetros. Y así descubrió las excentricidades en la órbita externa de sus electrones. Porque su caniche, Distinto, tenía hambre.

Zamaro sonrió. Solían contar historias mientras comulgaban en el santuario de intrascendencia reconfortante que era la cafetería. Eran las típicas leyendas urbanas que se transmitían de generación en generación sin que nadie se detuviera a comprobarlas. Pero era mejor así. Cualquier área del saber debe tener sus mitos o perdería todo interés romántico. Así pues, brindaría por el perrito de Bohr y jamás cometería el error de corroborar su historia.

«Tenemos un único hecho probado y es que hay una Señal procedente de fuera. Un pulso de radiación que puede traducirse a unos y ceros y que tenemos grabado, casi en su totalidad, en alguna parte, pensó. Todo lo demás, como que haya de verdad un mensaje oculto en su interior, son conjeturas. Cuentas sueltas que ruedan por una mesa. Señores, enfílenlas en una sarta y tal vez la cosa cobre sentido», habría dicho Bohr.

Una tos cortés llamó delicadamente su atención. Al volverse, Zamaro se enredó en su propio hilo de humo.

Sonrió al reconocer a Laura Castillo y también al hombre que venía con ella. Había cambiado mucho desde sus asignaturas no troncales en la Universidad, pero bajo aquella calvicie que jugaba al despiste y todas aquellas arrugas, sin duda se escondía Delagua.

—¡Amigo mío! —exclamó, dándole un último chupetón a la pipa—. ¡Has venido!

—No de buena gana, ya lo sabes —gruñó Delagua. Se estaba abrazando a sí mismo como si tuviese frío, a pesar de que el aire acondicionado de la pared marcaba veinticinco grados—. Yo... no quiero permanecer aquí mucho tiempo. Así que al grano.

—¡Bravo! Aún sigues sin encontrar tu mano izquierda para la interacción social, como en el colegio. Me alegra ver que no has cambiado. Pero así es mejor: vamos a necesitar ese inconformismo.

Delagua estudió a Joaquín con cierto descaro. Era el vivo retrato del genio zalamero que había conocido hacía unas décadas. Los años no parecían haberse parado en él, a no ser para rellenar su cintura.

La otra persona que había en el salón, además de los dos viejos profesores y Castillo, era una chica de no más de veinte años, de físico afilado y complexión mercurial. Su rostro estaba enmarcado por una maraña color jengibre.

—Te presento a Chantal, nuestra experta en xenobiología —dijo Zamaro—. Que su juventud no te engañe, es una verdadera ratoncilla de biblioteca y una genial genetista. Te asesorará a la hora de entremezclar tus teorías con las nuestras, ya verás qué bien. Chantal, este es nuestro Cuarto Hombre.

—Profesor Delagua —la muchacha le tendió su mano—, es un verdadero honor conocerle.

—¿Ah, sí...? —dudó el viejo.

—Basé parte de mi tesis en sus presupuestos sobre el efecto del síndrome del HBI en la vida terrestre —dijo con una voz muy dulce, casi una nubecilla de azúcar—. Fascinante, como diría el señor Spock.

El asombro se le debió desparramar a Delagua por toda la cara, porque Zamaro y Laura soltaron una risita.

—Increíble...

—¿El qué? —preguntó la joven.

—Jamás pensé que alguien de su edad supiera quién era Spock.

—Bueno, pues ya estamos todos. Somos el equipo de investigación, en su división española —dijo Zamaro con orgullo.

Delagua lo miró.

—¿Solo nosotros cuatro?

—Hay siete más, pero están en otros países —aclaró Laura—. Dos en Francia, uno en Alemania y cuatro más en Japón. Compartiremos nuestras conclusiones con ellos por videoconferencia. Pero aquí somos los que estamos, y estamos los que somos.

—No, esperen un momento... —Delagua se dejó caer en una silla. La migraña era un carnaval de hormigas—. ¿Esto es todo, no va a venir más gente? Tenemos a dos astrofísicos y dos biólogos, por lo que las matemáticas están cubiertas, pero no veo ningún experto en decodificación y criptografía. Ni un ingeniero de telecomunicaciones. Ni ningún lingüista. He oído hablar de grupos que hay por ahí, financiados por grandes empresas, que no bajan de las doscientas personas —dijo con sorna—. Por Dios, si incluyen hasta filósofos y artistas, para cubrir todo el espectro del saber humano...

—Sí, nosotros somos más humildes —dijo Laura, a lo que Zamaro apostilló:

—Y no tenemos tanto dinero. Si descubrimos algo, no vendrá envasado en latitas de Coca Cola, ni tendrá el logo de una petrolera.

—Eso, muerte a los midiclorianos —susurró Chantal.

—Estableceremos nuestra base aquí —dijo Zamaro—, en las oficinas de abajo. Nuestro contacto en el gran telescopio TECAN nos irá pasando los

datos sobre el Objeto en tiempo real por Internet, así sabremos si hay alguna variación en su comportamiento.

—Aún me sigue pareciendo un sueño. —Delagua se tomó dos pastillas de un tubo que sacó de su chaqueta y fue hasta un dispensador de agua potable—. Estamos aquí, hablando de señales extraterrestres y de objetos que se aproximan a nuestro planeta como si fuera lo más normal del mundo. Y aún no me has dicho cómo has llegado a bajarte tanto los pantalones, Joaquín.

—¿Bajarme los pantalones?

—Venga, sé que siempre te has reído en público de mis teorías sobre la reescritura neuronal. La pusiste a parir casi desde el mismo día en que la publiqué. —Delagua se miró los dedos. Los tenía blancos y arrugados, parecidos a calamares muertos. Dedos de pescado. «Válgame el Cielo», pensó, «¿tan mal aspecto tengo en los días buenos? ¿O es la proximidad de la juventud de Chantal lo que me hace más feo?»—. Quiero saber por qué ahora me haces tanto caso.

Zamaro miró a Chantal.

—Por favor, cariño, explícaselo tú.

La joven se plantó ilusionada frente al profesor. Delagua tragó saliva. Hacía algo más que doblarle la edad a aquella muchacha, pero tenerla tan cerca y tan concentrada en él, como si lo admirase más allá de su apariencia lamentable, era embriagador. Le recordaba su juventud, cuando aún tenía ganas de hacer cosas guarras a horas guarras en sitios sucios y la ciudad nocturna parecía tan nueva y reluciente como la eyaculación de un muchachito en su primera fantasía erótica.

—¡Gracias a usted di con la solución! —exclamó Chantal, todo ojos redondos y brillos de cristal en las pupilas.

—¿Q... qué solución?

—¡La de la enfermedad cerebral que mataba a los maras! Teníamos varios ejemplares enfermos de HBI en nuestro laboratorio de Frankfurt. No entendíamos por qué ellos habían contraído el mal y sus primos cobayas no, hasta que su artículo en aquella revista divulgativa me abrió los ojos. —La voz le temblaba por la excitación, provocando un sonido similar al que Delagua hacía con la botella. El gollete le percutía contra los dientes en lo que la lengua absorbía las últimas gotas de *whisky*, mientras formulaba pensamientos de venganza contra el resto del mundo. Por supuesto, aquel sonido quedaba infinitamente mejor en la dentadura de Chantal—. Fue el primero en sugerir que la Señal podría tener una función invasiva, dañando y

recomponiendo a la vez el esquema neuronal del cerebro. Que era algo más que la exposición de un mensaje cifrado. ¡Y tenía razón!

Delagua tembló. La migraña volvía, riéndose del dique que le estaban montando los fármacos en el lóbulo prefrontal. ¡Vamos, todos a las murallas!

Lo que aquella chica estaba diciendo... Dios, eran demasiadas buenas noticias (qué coño buenas; ¡noticias espectaculares!) para un solo día. Básicamente, le estaba confirmando que su teoría era cierta, esa a la que nadie más daba crédito. Delagua había sido el centro del escarnio de la comunidad científica por decir que la Señal «nos había hecho algo». Y que, lejos de ser inocua, había alterado invasivamente todos los cerebros del planeta con un propósito desconocido. Hechos de los que nadie tenía pruebas todavía, ni siquiera él.

Lo que pasaba era que los cambios eran muy sutiles, pequeños empujoncitos aquí y allá en el ADN mitocondrial y en el núcleo de las células, con vistas a cambiar cosas en las próximas generaciones. A redirigir la evolución. En algunos individuos ese cambio había sido más brusco, provocando dolencias infernales como el HBI, lo cual le había llevado a pensar que esos individuos estaban más cerca del objetivo final.

En resumen, Delagua se había atrevido a afirmar que los enfermos de HBI no es que hubieran soportado peor la Señal, como los médicos aseguraban, sino que la habían asimilado mejor, aceptando los cambios neurológicos que esta proponía antes de tiempo.

Los maras, unos roedores de la Patagonia que no tenían culpa de nada, eran los únicos animales del mundo sensibles al HBI. Pobrecitos, pensó, como si no tuvieran suficiente con su historial de *crash test dummies* de laboratorio.

—Nuestros maras tenían el mapa neuronal cambiado casi por completo —dijo Chantal—. Pero era un cambio selectivo, como cuando el Alzheimer daña ciertas partes del cerebro inherentes a la memoria pero conserva intacta la capacidad de comprender el lenguaje, por ejemplo. Y esos cambios...

—...seguían un patrón —adivinó Delagua. Sí, leches, era exactamente lo que él había predicho. La Señal podía reducirse a unos y ceros algebraicos, a pulsos de energía. Y si visualizaban esos pulsos en tres dimensiones en un ordenador, como si fuera una estereoscopía pasada de rosca, formaban un dibujo que un cerebro lo suficientemente grande (no el de una liebre, desde luego, pero sí el de un ser humano o un elefante) podía imitar con sus nervios craneales y sus dendritas. Un dibujo estereoscópico escondido en las células del hipotálamo.

Laura miró a sus compañeros con una chispa de temor.

—Sabéis lo que estáis diciendo con tanto desparpajo, ¿no? Que nos han reescrito. —Los miró de uno en uno—. Que nos han reprogramado contra nuestra voluntad y aún no sabemos cómo ni para qué.

Se hizo un silencio incómodo. Sí, esa era la conclusión más extrema. Alguien, digamos un alienígena o un fenómeno natural especialmente cabrón (Delagua sonrió al pensar en esta posibilidad) no estaba contento con el progreso evolutivo de la Humanidad y había decidido reescribirla. Así tal cual.

Lo malo era que esos cambios no empezaban a ser evidentes hasta la siguiente generación, cuando ya fuera imposible expulsarlos del código genético.

—¿Qué pasó con esos maras? —preguntó Delagua—. ¿Eran sensibles a las ondas de radio, como yo?

—Sí. Con el paso del tiempo fueron adquiriendo comportamientos erráticos, que suplantaban su propio esquema de instintos. Era como si vagaran por laberintos invisibles que solo pudieran ver ellos, chocando contra las paredes una y otra vez...

—Bonita metáfora. —Delagua tragó saliva—. Acabas de resumir en tres frases la historia de mi vida. ¿Y qué les ocurrió?

—Murieron todos. El último hace un par de días. Sin dejar descendencia, porque también se volvieron estériles.

—Bueno, bueno, no nos precipitemos sacando conclusiones —terció Zamaro, en tono tranquilizador—. Un ser humano no es una cobaya. Su cerebro es miles de veces más resistente y capaz de almacenar más información. Y, que sepamos, hasta ahora no ha muerto ningún enfermo de HBI en el mundo, salvo por causas externas a la propia enfermedad.

—La mayoría terminamos suicidándonos —asintió Delagua—. ¿O acaso creéis que es agradable tener la programación de todas las televisiones metida en el cráneo?

A su mente llegó el diálogo de una película mala. El fanático religioso: «Jamás podrá demostrar qué vino antes, si el huevo o la gallina». El científico bueno: «Sí, pero usted seguirá siendo igual de idiota el resto de su vida».

—Centrémonos, por favor —pidió Zamaro—. Lo primero que haremos será poner sobre la mesa los datos conocidos hasta ahora sobre la Señal. Nos aportará una perspectiva de conjunto.

—Estoy de acuerdo —asintió Castillo.

—Me apunto —dijo Chantal, levantando la mano como si estuviera en clase.

Delagua no se molestó en responder.

—Pues adelante. Mi padre odiaba las series de televisión que empezaban resumiendo la trama hasta ese momento, en plan «anteriormente en *Mi marciano favorito...*», pero yo creo que hace falta. Veamos primero qué sabemos con seguridad y luego abramos la mente a la elucubración.

4. Anteriormente, en «Mi Marciano favorito»

Hace casi un año, el nueve de abril de 2021 —empezó Zamaro—, sufrimos el martillazo de la Señal, un fortísimo haz de pulsos electromagnéticos que bañó la Tierra durante 29,148 segundos. El planeta no creó sombra en este haz, por lo que tanto el hemisferio que daba al punto desde donde se calculó que provino la Señal (la tangente a uno de los primeros sistemas en los que fue descubierto un planeta extrasolar) como la cara opuesta de la Tierra lo sufrieron a la vez. Y desde luego no fue el susurro electrónico que muchos esperaban...

Castillo asintió recordando con dolor aquel espantoso medio minuto. Vivían en un mundo donde había un antes y un después común a todos sus habitantes: esos desconcertantes segundos en los que pareció que a todas las personas iba a estallarles la cabeza, como si una fortísima migraña mezclada con un ruido espantoso las aplastara hasta el punto de no dejarles hacer otra cosa más que gritar de dolor. La conversación trivial más famosa entre gente que no se conocía dejó de ser el clima (aunque «qué tiempo hace» seguía ocupando un lugar de honor entre las charlas casuales) para ser sustituida por «¿qué estabas haciendo el día de la Señal?».

A Castillo la sorprendió conduciendo: aquel día iba a recoger a su hijo menor al instituto. Recordaba haberse librado por los pelos de un atasco, un camión volcado en la N-13 que había atrapado a cientos de coches en la trampa mortal llamada «kilómetro entre salida y salida de la autopista». Retenía una imagen nítida de aquella tarde, de esas cosas sin importancia que dicen los accidentados que se les graban a fuego en los segundos previos al acontecimiento, como si la mente supiese de antemano que algo va a pasar y quisiera estar especialmente despierta: Unos policías de la brigada antiterrorista volvieron hacia ella sus rostros bañados en inquietas luces láser, pero no hicieron caso cuando se saltó una raya continua para coger por los pelos el desvío. Un resplandor escarlata ardió en sus cascos mientras los edificios de un polígono industrial se empapaban en fulgor de neones. Laura no sabía si la habían visto cometer aquel peccadillo, pero se hizo la loca y

siguió conduciendo como si el mundo para los no atrapados en el atasco fuera de color de rosa.

Fue más o menos entonces cuando la bomba estalló dentro de su cabeza.

Si alguien ha soñado alguna vez con cómo se sentiría uno si le metieran la cabeza en un microondas, Laura lo descubrió aquel día. Empezó con un silbido estridente, un chillido que al llegar al límite de lo soportable cogió fuerzas y aumentó diez veces más. Laura tuvo suerte: ella pudo frenar. Otros conductores no pudieron.

Se consideraba una mujer dura, acostumbrada a ver horrores tanto a través de ese desvergonzado muestrario de la iniquidad llamado «informativos de televisión» como en directo. Había visto cadáveres llenando las calles de Santo Domingo, estudiantes retorciéndose en charcos de sangre en protestas contra regímenes fascistas en Myanmar, o las devastadoras consecuencias de un tsunami en Manacoa. Había visto a su propia ciudad despertarse por la mañana como una vagabunda y sacarse niñas violadas de entre las uñas y hombres acuchillados del sarro de los dientes. Había escuchado sinfonías de coches patrulla entonar un crescendo mientras las ambulancias suplicaban alas para pasar volando por encima de los atascos. Era un verdadero río de cadáveres que a comienzos del año (y solo porque a la gente le daba por empezar a contar desde allí, como si las doce campanadas hubiesen apretado el botón de «reset» del ordenador urbano) sumaban solo siete u ocho casos, pero que en noviembre podría haber inundado las calles con la sangre vertida.

Y sin embargo, aquel medio minuto logró sobrecogerla de miedo.

Luego se enteró de que la Señal había provocado cientos de miles, quizá millones de accidentes en todo el planeta. Porque no solo los humanos se vieron incapacitados para hacer otra cosa que no fuera gritar de dolor, sino también las máquinas: las radios de los coches emitieron un gorgorito de chasquidos y latigazos de estática, los teléfonos móviles hicieron estallar sus baterías, los sistemas de guiado de los aviones fallaron en pleno vuelo... y en todos los ordenadores y sistemas de realidad aumentada que estaban encendidos empezaron a aparecer símbolos extraños.

Sí, Laura había tenido muchísima suerte. Y el mundo, en general, también, porque los expertos habían llegado a la conclusión de que podría haber sido infinitamente peor. El sistema electrónico de los aviones se volvió loco, pero no se estropeó, y siguió funcionando con normalidad cuando aquel infernal chillido acabó. Solo aquellos que tuvieron la mala suerte de estar despegando o aterrizando en ese fatídico instante sufrieron las consecuencias.

Y aún así, los muertos se contaron por cientos de miles.

—Sé que todos pensasteis que aquella agonía nunca iba a acabar — prosiguió Zamaro—. Demonios, si hubiera durado cinco minutos enteros yo mismo me habría volado la cabeza con lo primero que tuviera a mano. En aquel momento me hice las mismas preguntas que todos: si era una nueva arma de los islamistas, si el efecto sería solo a nivel local o habría más gente por ahí padeciéndolo... En fin, cualquier cosa menos lo más improbable, lo que al final resultó ser cierto.

»Al final, gracias a Dios, cesó. Seguro que recordáis la sensación: fue como si de repente se hiciera el silencio tras llevar horas metido en una discoteca con los altavoces de doscientos vatios pegados a tu oreja. No tardamos ni un día en darnos cuenta de que todos los discos duros del mundo habían sido reescritos. O más bien, completados, palabra que me parece más correcta para explicarlo, ya que en ningún caso se borró información preexistente. Sin embargo, todo el espacio vacío que quedaba se nos llenó de lo que en principio tomamos por basura digital. Luego advertimos que se trataba de una especie de código. —Extendió las manos hacia Castillo—. ¿Doctora?

—Era una especie de... masa de datos inmensa que requería muchísimos terabytes de memoria para grabarse —continuó Laura, paseando por la habitación. Parecía una profesora impartiendo una clase de seminario—. Aún no podemos asegurar a ciencia cierta que se trate de un código pues, aunque parece esconder cierta lógica interna y estar subordinado a unas reglas algebraicas de enorme complejidad, no sabemos si tiene traducción a otra cosa que no sea él mismo.

Todos asintieron. Sí, ese era el gran enigma: ¿la Señal se componía de datos aleatorios, o realmente escondía algún tipo de mensaje? Podría llegar a ser el nuevo Santo Grial de la ciencia, la puerta a mundos que esconderían tesoros jamás soñados, si resultaba que el código acababa siendo afín al género humano, un patrón comprensible para su sistema cognitivo.

Laura encendió un proyector, haciendo aparecer sobre una pizarra símbolos religiosos de sectas y cultos de todo el mundo.

—Estas son solo algunas de las sectas que adoptaron la Señal como dogma de fe. No tardaron ni un día en surgir de la nada. En total se han contabilizado más de veinte mil, la mayoría en Asia y Sudamérica. Curiosamente, nos han sido de gran ayuda a la hora de recopilar el texto completo de unos y ceros de la Señal. —Fue pasando las imágenes, intercalando mapas enormes de código binario con fotos de empresas privadas de almacenaje de información, con pasillos y pasillos abarrotados

con toneladas de discos duros—. Los analistas se dieron cuenta de que en cualquier dispositivo de almacenamiento dado, uno cualquiera escogido al azar, el código empezaba siempre con una combinación de unos y ceros nunca repetida. A esto lo llamamos «el Saludo», o la salida, como si indicase el principio de la grabación. A partir de ahí los datos grabados son idénticos hasta que se rebasa el límite del espacio de memoria.

»Esto nos plantea un serio problema, pues si los datos estuviesen divididos en páginas y estas se permutasen en distintos dispositivos, podríamos haberlas recopilado como si fueran capítulos sueltos de un libro y haberlos encuadrado todos juntos. Pero no; siempre que se empezó a grabar se hizo desde el principio de la secuencia, por lo que solo los discos duros más voluminosos llegaron más lejos en la longitud del código.

»Hay sectas que se dedican a recorrer el mundo buscando una línea de código o una página más de la Señal. Para ellos es como su gran misión, como si Dios hubiese desafiado a la humanidad a escuchar Su Mensaje hasta el final. Esto, claro está, ha degenerado en la aparición de mafias que venden trozos inéditos de código al mejor postor, o que son capaces de matar por ellos. —Laura suspiró, triste—. En fin, somos humanos. Era lógico presuponer que sucedería algo así.

—La recopilación más extensa del código que se conoce —continuó Zamaro— es la que tenemos en nuestro poder y se grabó en un dispositivo de almacenaje masivo que tenía la E.S.A. en Ginebra. Y digo «tenía» porque ya ha sido desmantelado para fines militares. Pero bueno, aún conservamos una copia, y eso es lo que importa.

—¿Qué extensión tiene? —preguntó Delagua, calibrando posibilidades.

—Unos cien mil petabytes en bruto, pero que reducidos algorítmicamente a una versión simple y libre de redundancias nos deja solo 5'7 petabytes útiles. El código es como un laberinto, lleno de callejones sin salida y largas repeticiones sin sentido, un poco como el ADN humano. Sin embargo, no sabemos si es todo el código que hay, o después de eso habría más. Aún no hemos encontrado ninguna página que contenga una frase de despedida, parecida a la del Saludo, que sugiera *esto es to, esto es to, esto es todo, amigos*. —Puso voz de Elmer.

—Cinco coma siete... —murmuró Delagua, rascándose la pelea de hormigas que tenía en el mentón—. Qué curioso... es más o menos lo mismo que se estima puede contener un cerebro humano totalmente lleno. ¿Qué más?

—Esta recopilación máxima, llamada Ginebra-Uno, ha estado circulando durante meses por todos los despachos y empresas de decodificación, civiles

y militares, que existen —dijo Zamaro—. Y sin el menor resultado, más allá de la detección de esa especie de arquitectura interna que nos permite saber qué es información útil y qué podemos asumir como redundancia. El problema es que no hemos encontrado equivalencias con ningún lenguaje terrestre, ni con ningún sistema lógico o matemático. Si la Señal es realmente la codificación de «algo», llamémoslo lenguaje o número o exabrupto o lo que sea, desde luego no es nada que se parezca a lo que conocemos en la Tierra. Y si desconocemos el lenguaje en el que se escribió —Zamaro encogió los hombros— es muy probable que no llegemos a descifrarla nunca.

—Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que el cerebro en realidad son dos órganos distintos superpuestos, formando una sola cosa: la mente por un lado y la base física de neuronas que la crea por otro. Son dos entidades relacionadas, aunque independientes en su definición. Empezamos a hablar de su teoría de la reescritura neuronal —dijo Castillo, y todas las miradas se concentraron en Delagua—. Podría ser que la Señal, si había afectado físicamente a algunos cerebros de hombres y de animales, dañándolos, no estuviese pensada para que encajase con la mente, pero sí con el órgano inferior que la soporta.

—¿Podría hacernos el favor de resumirnos usted mismo en qué consiste su teoría? —suplicó Chantal... y otra vez estaba ahí su arrebatadora aura de juventud y sexualidad, chocando de frente contra su soledad de viejo verde y su almacén de sueños rotos. Delagua tragó saliva—. Por favoooooor... Nadie mejor que su creador para explicarla.

El biólogo se retrepó en la silla. La tormenta de telefonía móvil y de realidad aumentada que lo había estado martirizando se suavizó, pero aún le latían las sienas por el lado izquierdo.

—Este... bueno, si me han invitado a venir seguro que la conocen en profundidad, pero si es por poner las cartas sobre la mesa, adelante. —Carraspeó—. Como ya les he dicho, fui uno de los primeros afectados por el síndrome HBI, lo cual me llevó a ensayar conmigo mismo a falta de otros sujetos experimentales. En aquella época estaba muy metido en una investigación sobre cómo los teléfonos móviles afectaban con sus microondas al campo magnético del cerebro, lo cual me facilitó las cosas. Tenía gran parte del trabajo avanzado.

—¿Y qué descubrió?

—Bueno, ya sabía que las antenas inalámbricas provocan un aumento en el metabolismo de la glucosa y que esos efectos pueden ser medidos con

tomografía. Medí los campos EM en la corteza orbitofrontal y el lóbulo temporal —explicó Delagua—, siguiendo la teoría de que no solo pueden provocar tumores, sino que a corto plazo pueden dañar los nodos de neuronas situados en el hipocampo, la región relacionada con la memoria.

—¿Su hipocampo resultó dañado con la llegada de la Señal? —preguntó Castillo.

Delagua sacudió la cabeza.

—Dañar es una palabra muy compleja, doctora. Se puede alterar la composición de una estructura sin llegar a dañarla, sino simplemente... reorganizándola, manteniendo sus anteriores funciones pero añadiendo algunas nuevas. Eso no se puede considerar daño, sino alteración. Además, hay que entender que la memoria no tiene un solo punto localizado en nuestro cerebro, sino que está dispersa por varias regiones especializadas.

»Lo que hizo la Señal fue alterar la fisiología de estos núcleos de neuronas, no solo los de la memoria, sino también los del resto de la masa encefálica. Pero no borró información, al menos yo no he notado ninguna pérdida apreciable en conceptos que antes dominara —precisó Delagua—, sino que hizo... bueno, hizo lo mismo que con los discos duros: utilizó la parte aletargada de mi mente para almacenar datos. Aunque a mí no me ha pasado, específicamente, sí que detectamos en otras personas un cierto grado de hipermemoria.

—¿Qué es eso?

—Un aumento radical de la memoria específica —dijo Chantal—. Es una patología que lleva a ciertas personas a recordar hasta el más mínimo detalle de sus vidas. Eso demuestra que la capacidad de almacenamiento de nuestro cerebro es increíblemente alta y que si estuviéramos preparados evolutivamente para ello (es decir, si pudiéramos gestionarla a nivel psicológico), no necesitaríamos olvidar nada de lo que viéramos o aprendiéramos en nuestros cien años de vida máxima.

—¿Hay gente a la que le pasa eso? —se sorprendió Zamaro—. ¿Y se quejan? ¡Yo daría lo que fuera por tener una memoria infinita!

—No si esa memoria te mantiene reviviendo para siempre los malos momentos, no solo los buenos, con un grado de veracidad intolerable —gruñó Delagua—. Lo más significativo, volviendo al tema, es que hice una tomografía 3D de las zonas afectadas en esas personas y lo que obtuve fue una especie de escultura parecida a las imágenes esas que se hacen para los turistas, inyectando burbujitas de aire en cubos de cristal.

—¿Un holograma?

—Algo así. Pero no sabemos a qué se parece. Es como el juegucito del «qué ves aquí» —sonrió Delagua—. Algunos miran el dibujo y ven una nebulosa con estrellas, otros a Nelson Mandela marcándose un tango y otros solo ven puntos. La comunidad científica internacional se rio de mis descubrimientos, diciéndome que era como esos que creen ver a la Virgen María en cualquier mancha de humedad, pero mi equipo y yo... estábamos bastante seguros de que aquello no era como las caras de la casa esa, la de las apariciones. Esto era real.

—¿Usted qué vio, profesor?

Delagua se frotó el mentón.

—¿Dos mariposas haciendo el amor?

—Muy gracioso. Pero... ¿y esas alteraciones cerebrales que usted sufre? —preguntó Zamaro, muy interesado—. Aparte de la maldita sensibilidad a las ondas de radio, ¿tiene algún otro efecto secundario?

Delagua soltó un prolongado suspiro. Esa era la pregunta del millón: si debajo de tanto sufrimiento habría algún tipo de premio escondido, si todo servía para algo. Pero eso no era más que confianza en la teoría de la balanza universal: que todo mal sufrido conllevaba una compensación al final del camino.

—Hasta la fecha solo he notado un aumento (considerable, eso sí) en mi capacidad de sentir cinismo y rencor hacia el mundo —rezongó—. Pero no creo que sea un medidor muy empírico.

—La verdad es que no —sonrió Zamaro—. Bueno, pues ya solo nos queda resumir el último punto, quizá el más importante de todos.

Chantal asintió, susurrando:

—El Objeto.

—Lo detectó el Hubble entrando en el Sistema Solar por detrás de la órbita de Neptuno, justo en el punto Le Verrier —dijo Laura—. Lo descubrimos cuando hizo sombra sobre Nereo. Además, su... aparición, por decirlo así, vino acompañada por un pico energético muy potente. La naturaleza de esta energía es desconocida, aunque reverberó en todas las antenas del hemisferio sur durante quince minutos.

El proyector mostró la misma foto de espacio profundo que Castillo le había enseñado en el autobús. Delagua reprimió un escalofrío al contemplar aquella mota de polvo negro, con una barba de puntitos grises colgando como una estela. Daba miedo pensar en ello como en un objeto extrasolar. Miedo por lo que implicaba. El terror atávico hacia lo desconocido resumido en una simple gota de tinta.

—¿Qué coño es eso?

—Quien sea capaz de responder a esa pregunta se llevará el jodido gallifante —murmuró Zamaro, situándose junto a la proyección. La mitad de la imagen se convirtió en una sábana de luz que bañó su cuerpo y llenó de estrellas su piel—. Los astrónomos están intentando deducir su peso por las alteraciones que cause en los trece satélites de Neptuno, porque en lo que respecta a su espectrografía... es totalmente plana. Es una foto ciega, un albedo totalmente neutro. Jamás habíamos visto nada igual. Tampoco ha contestado a ninguna de las señales que le hemos mandado. O no escucha... o no quiere responder.

—Lo único que podemos deducir es que si mantiene su curso y velocidad actuales llegará a rozar la órbita de la Tierra en tan solo veintiún años. No sabemos si esa cosa fue la que emitió la Señal —Laura cruzó los brazos, enérgica—, pero ha surgido, como ya te dije, en el mismo plano de la eclíptica. Si resulta ser su punto de emisión, pronto lo sabremos. Pero tenemos veintiún años, y eso en ciencia es un plazo terriblemente corto para ponernos al día. Porque no tenemos ni idea de cuáles son las intenciones de esa cosa.

—En fin —dijo Zamaro, saliendo del cono de luz—, creo que ya podemos enseñártelo.

Delagua los miró a todos.

—¿Enseñarme qué?

—La manera como vamos a integrar tu teoría dentro de las nuestras —dijo Laura, dirigiéndose con solemnidad hacia una puerta. Daba a una especie de laboratorio adjunto, bloqueado por dos cerraduras y tres candados, algo absurdo teniendo en cuenta que allí no iba a entrar nadie que no perteneciera a la Facultad—. Recuerda, eres el Cuarto Hombre, el vector de pensamiento no coincidente.

Delagua soltó una risita desagradable.

—Dilo sin tantas florituras, amiga: el de la teoría más idiota. A ver si nos aclaramos, señor Freud, que aquí todo el mundo está loco, solo que algunos lo estamos más que otros.

—En eso estamos de acuerdo, querido amigo. —Zamaro hizo un gesto que no tenía explicación posible—. Ven, mira lo que hemos comprado para ti. Y dime si te vamos buscando un piso en el barrio o no.

5. Tres ratones (casi) ciegos

El laboratorio se desplegaba al abrigo de una luz difusa que velaba las sombras y le confería el aura de estar en un limbo celestial. Un cartel pegado con chinchetas aseguraba «Quiero creer» debajo de la foto de un OVNI. Alguien había garabateado encima con bolígrafo: «Vale, yo te paso las anfetetas».

El laboratorio estaba totalmente orientado al campo de la biología. Había instrumentación cara como escáneres, tomógrafos y desecunciadores de ADN, así como lo más básico y antiguo de la profesión, probetas y matraces con mecheros de alcohol. Alguien había asaltado un laboratorio de alta tecnología y una clase de química para niños y se lo había traído todo a este sitio.

Delagua dejó espacio para un «Oh» de asombro entre sus labios.

—Cojonudo. Desde luego habéis tirado la casa por la ventana.

—Y aún no has visto lo mejor.

Zamaro le guio hasta una mesa donde había tres jaulas para cobayas. En su interior, unos roedores de aspecto enfermizo hacían lo que podían por, sencillamente, respirar. Eran animales al límite y por las sacudidas erráticas de sus cabezas, lo que los mortificaba solo podía ser...

—Por los mocasines agujereados de Darwin —masculló Delagua—. No me digas que están...

—Sí. —Chantal les puso un poco de comida pulverizada en sus cajitas de colores—. Están enfermos de HBI. Se llaman *Galeno*, *Hipo* y *Teofrasto*. —Les dedicó una sonrisa triste—. Son mis pequeñines.

—Y también los únicos que nos quedan —apuntó Zamaro—. Los últimos de su generación. Si se nos van, nos quedaremos sin sujetos experimentales. Pobrecitos.

—¿En qué fase de la enfermedad se encuentran? —preguntó Delagua, poniéndose en cuclillas para acercar la cara a las jaulas. Los pobres maras (no cobayas) parecían ancianos vencidos por un párkinson mezclado con otras diez o quince enfermedades degenerativas. Estaban sufriendo, se veía a

simple vista, y los dolores que de vez en cuando somatizaban con la cabeza le recordaban a...

Delagua sintió un escalofrío.

Su corazón rechazaba la idea de que algún día él fuera a empeorar tanto como para llegar a ese extremo, pero su parte racional insistía con su propio imperativo: era cierto, podía ser cierto.

—Están en fase terminal —dijo Chantal, compungida. No era un dolor fingido, sino real, como si los ratones pertenecieran a su propia familia—. La verdad es que me dolerá mucho su pérdida. He llegado a quererlos mucho, sobre todo a la hembra, *Hipo*.

—Que, por cierto, parece ser la que se encuentra en peor estado.

—Sí, pero ha fluctuado. Todo está en mi informe, se lo pasaré para que lo lea esta noche.

Delagua iba a responder, pero un frente de longitudes de onda le atacó a traición. Lanzó un gritito muy agudo, casi de niño, y cayó de rodillas. Un coro de fieles jubilosos de la Iglesia del Jódete Cabrón había roto las puertas de su mente para entonar un aleluya. Sus piernas se agitaban, sus ojos brillaban y sus lenguas salían a humedecer labios mientras el infierno estallaba en la cabeza de Delagua.

Los tres maras mimetizaron el gesto, cayendo, rodando y convulsionando.

Por primera vez desde que había contraído aquel mal, el profesor no se sintió solo.

—¡Profesor! —gritó Laura, agarrándolo para que no se desplomase—. ¿Está bien, lo llevo al hospital?

Delagua se echó hacia un lado los rizos (los pocos que le quedaban de una melena antaño frondosa) con un movimiento que dejó al descubierto los tendones de su cuello, tensos como cuerdas de amarre. Poco a poco fue acallando el coro de fanáticos de su cabeza. Al par de minutos, incluso aceptó un vaso de agua.

—Sss... sí, ya estoy... mejor. Solo ne... necesito un minuto. —Un minuto podía suponer mucho más de lo que ellos pensaban, tal vez la diferencia entre la vida y la muerte. Como aquella vez en que le dio el ataque más fuerte que recordaba haber tenido, cuando fue a la Biblioteca Pública a bucear en la hemeroteca. Un mes después apenas recordaba el pánico de sesenta segundos de dolor infernal, como si se le estuviese friendo el hipotálamo. Un mes después apenas se veía a sí mismo congelado en mitad de las escaleras, aspirando el aire cargado a grandes bocanadas, aferrando el pasamanos como para no morir.

Miró de reojo a los maras. Ellos también le estaban observando, comprendiendo el hecho fundamental que implicaba que una criatura de orden superior, uno de sus humanos carceleros-cuidadores-torturadores, también agonizara cuando le llegaba el momento. Seguro que tenían coros de ruidosos cantores metodistas dentro de la cabeza (a su juicio, los menos demostrativos de entre los siervos de Dios, ya que ellos no predicán: exultan), regocijándose en su decoroso dolor.

Justicia poética de roedor, eso era la maldita cosa. Justicia ratonil.

«Ya estás divagando. El dolor te hace divagar, maldito viejo, fan chillón de Ken Kesey».

—Acepto —siseó Delagua, intentando centrarse en el ahora.

—¿Cómo? —preguntó Zamaro.

—Que me quedo. Hace un minuto no me importaba un carajo tu proyecto, Joaquín —confesó—, pero ahora, habiendo conocido a las tres pequeñas estrellas, no puedo largarme y dejarlas a su suerte. ¿Dónde tenías pensado alojarme... o me tengo que buscar la vida también en eso?

Zamaro lo abrazó, un abrazo de bienvenida a un equipo que dejaba de estar cojo.

—Ya te he buscado un agujerito, no te preocupes. Y a salvo de radiofrecuencias. Está en un punto ciego de la ciudad donde no hay cobertura ni para móviles.

—Menos mal. Estaba empezando a preguntarme qué tal se dormiría en la conserjería de este antro.

—¡Ja ja! Seguro que harías muy buena pareja con los bedeles —rio Zamaro.

—Ya he intimado con bedeles en el pasado —bromeó Delagua, intentando mordisquear las últimas rasas de migraña—. Te aseguro que de todos los grupos humanos, son quienes mejor casan lógica con sagacidad cuando opinan sobre algo. —Claro, tienen que entretenerse mientras lanzan esos alucinantes balazos pardos de tabaco a las papeleras.

¿Lo ves, maldito viejo? ¡Otra vez divagando! ¡Céntrate!

El grupo se deshizo en halagos y bienvenidas, prometiendo ponerle al día en los campos que cada uno dominaba. Al dejar el laboratorio, Delagua miró a la pequeña *Hipo*. Sus ojitos rodaron lentamente bajo los párpados semicerrados, mirando cómo aquel hombre que entendía su sufrimiento se marchaba.

Yo también te entiendo, pequeña, se dijo. Ese pensamiento, de alguna extraña manera, se convirtió en promesa.

Los días pasaron rápidos e intensos, sin fricción. Zamaro no mintió en cuanto a lo del «agujerito», porque aquel entresuelo sin ventanas apenas se podía calificar de otro modo. Era confortable, un estudio de soltero con todos los ambientes mezclados. Todos menos el baño, claro, aunque estaba dividido en dos minúsculos cuartitos que parecían armarios reconvertidos. En uno estaba el retrete, solitario y melancólico, y en el otro (a tres metros) el lavamanos, la ducha y el armario de los potingues. Era lo más abstracto que había visto en su vida.

En una cosa no había fallado Zamaro y era en lo plano a nivel de radiofrecuencias que estaba aquel antro. No sabía si agradecerse a la arquitectura del edificio o a un providencial milagro de la Física. Para un inquilino que lo jurase todo por la cobertura de su móvil aquel lugar sería una pesadilla, pero para él era un oasis.

De todos modos, Delagua pasaba poco tiempo allí. Casi siempre estaba encerrado en el laboratorio de los maras, observándolos y probando cosas que esperaba que no les doliesen mucho. Tenía la sensación de haber llegado al grupo en el momento exacto, pues el trabajo global parecía enfocado hacia la parte biológica más que a la astrofísica. Eso le convertía en el engranaje central del equipo, cosa que a Chantal, lejos de molestarla, parecía encantarle. Seguía mirándolo como a ese Viejo Profesor de las leyendas, el sabio cuya cercanía siempre es enriquecedora. Delagua, por supuesto, no se tenía ni de lejos en tan alta estima y le habría gustado que la joven lo mirara con un poquito menos de reverencia y (ese mismo poquito) más de lascivia... pero eran los sueños de un viejo verde.

El primer día, y a quemarropa, Chantal le dijo algo sorprendente, algo que cambió para siempre su visión tanto del HBI como de las perspectivas sobre su propio futuro: había descubierto la existencia de un compuesto químico que era afín a sus síntomas, pudiendo potenciarlos o frenarlos. Era un tioxanteno neuroléptico parecido al que se usaba de manera común contra la esquizofrenia, pero que mezclado con un par de cositas graciosas (sobre todo fenotiacinas y butirofenonas) daba lugar a un combustible para reactores que podía haber hecho que su bisabuelo saltara de la silla de ruedas para marcarse un *rock'n roll*.

Este mejunje, aplicado en pequeñas dosis, tenía efectos increíbles sobre los maras: no los hacía bailar al ritmo de los Jefferson Airplane, pero sí que cambiaba la composición, e incluso la disposición espacial, de las zonas afectadas por el HBI en sus cerebritos. A Delagua le parecía algo inaudito.

Era como si aquella droga acelerase de alguna forma el progreso de la enfermedad, solo que sin hacer daño al paciente.

Tras unas cuantas dosis, lo que revelaba el escáner era que el dibujo 3D del HBI (la estereoscopía, como la había llamado Chantal) variaba sutilmente. Como si algunos de sus puntitos se hubiesen desplazado o hubiesen intercambiado información con las dendritas sanas que tenían alrededor. Era como ver en cámara rápida, donde los segundos eran meses o incluso años, lo que iba a pasar con el paciente en el futuro.

Delagua recordaba haber visto una serie alucinante cuando era adolescente, *Cosmos*, de Carl Sagan, un estupendo divulgador que trabajaba con la NASA. En ella, además de la pegadiza música de Vangelis, había un episodio dedicado a cómo variaban los dibujos de las constelaciones con el paso de los siglos. Sagan pidió al realizador del episodio que mostrase mediante una primitiva animación computerizada cómo los trazos imaginarios que unían las estrellas se contraían y expandían cambiando el «dibujo», yendo del oso a la morsa o del carro con bueyes al cucharón sopero.

El tioxanteno hacía más o menos lo mismo con el cerebritito de los maras: variaba la estereoscopía, la regiones reprogramadas por la Señal en la parte no activa de la masa encefálica. Entre el antes y el después había todo un Volkswagen de diferencia: antes la mancha en falso color le parecía una mariposa, después una casa con techo a dos aguas. La forma por la que había transitado entre ambos puntos era un Volkswagen escarabajo, del modelo del 34, joder.

Aquello planteaba todo un universo nuevo de preguntas, dudas y no pocas esperanzas. Con ensañada crudeza, Delagua se dijo que aquellos fuegos de artificio neuronales podían no ser más que eso, una ilusión, la luz al final de un túnel que no llevaba a ninguna parte. Se acordó de sí mismo hacía años, plantado ante la puerta de su ex-mujer con aquella invitación a largarse escrita en el aire. Ella le gritaba todos los motivos por los que a) su decisión de marcharse era una estupidez y b) de lo poco que hubiera de verdad habría que repartir la culpa al cincuenta por ciento, ¿verdad que sí?

Delagua, que le había gritado su propio «sí» tras el puño cerrado, meneaba ahora la cabeza con la misma impotencia. El destino le estaba poniendo ante las narices un milagro que podría ser un embuste cósmico. ¿Pero qué otra cosa podía hacer salvo tragárselo?

Necesitaba creer que había un final amable que no acabase con él metido en una gigantesca jaula para cobayas, dándole vueltas a una estúpida noria de madera.

—¿Cómo descubriste eso? —le preguntó a Chantal un día.

Ella se encogió de hombros graciosamente, rascándose la naricilla.

—Por casualidad, claro. Aunque esa causalidad estuvo sazonada con una chispa de intuición femenina.

Delagua dejó caer la cabeza en un cruce de dedos.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó con mirada soñadora.

—No entiendo a qué te refieres.

Delagua puso en orden unas cuantas ideas, que eran como nubecillas de buen tiempo caídas a tierra.

—Dime una cosa, Chantal: cuando los maras fueron sometidos al efecto de esta sustancia, ¿cómo cambió su cuadro clínico? ¿Qué les pasó?

—Fue algo muy raro, como si al principio sus constantes vitales se estabilizaran, e incluso experimentaran una mejoría... y luego, sin previo aviso, cayeran más enfermos que antes. Su estado de salud se deterioró hasta el extremo que has visto.

—¿En los tres casos ese ciclo fue él mismo? ¿*Hipo, Galeno y Teofrasto* se comportaron exactamente igual?

—No, cada uno tuvo su propia curva. La que mejor lo llevó fue la hembra, y curiosamente también es la que más cambios ha sufrido en su HBI.

—¿Había algún factor que la diferenciara del resto, además del sexo?

—Sí. Justo cuando le afectaron los cambios el laboratorio estaba cerrado. Nosotros estábamos fuera. Y se había ido la luz, con lo que todo se había quedado a oscuras, el bedel nos lo dijo al día siguiente. La pobre debió de pasarlo fatal —suspiró—. Sus hermanos lo sufrieron de día y con nosotros por aquí. Al menos tuvieron eso.

—De noche y sin nadie cerca...

La barbilla de Delagua atrajo como un imán sus dedos. Chantal, por lo que él estaba descubriendo una brillantísima bióloga, a pesar de su corta edad, lo miró expectante, sufriendo en silencio esos minutos de reflexión para que él le devolviera un ¡eureka!

—La oscuridad, ¿eh? Eso implica ausencia de estímulos. Se habían quedado solos, no había ni luz ni movimiento cerca. Probablemente estarían en medio de un silencio sepulcral, porque hasta aquí no llega el bullicio de la calle. Y a ella le dio el ataque...

—Exacto. —Chantal frunció el ceño—. ¿En qué piensa, profesor? ¿Está relacionada la curva de progresión de *Hipo* con esa ausencia de estímulos?

—Quién sabe, pero desde luego es una variable a tener en cuenta. ¿Habéis probado esto en humanos? —Ante la cara de horror de la joven, él mismo se

contestó—: No, claro que no. Verás, chiquilla, mi opinión (y que conste que es solo eso, una opinión) es que esa droga milagrosa ha logrado acelerar de alguna manera la evolución del HBI. Ha sido una aceleración artificial, por lo que intuyo que habrá cogido por sorpresa al propio síndrome. Esto es un gran avance, aunque no lo parezca, porque según creo...

Enmudeció, sus manos y su vista congelados en el aire, atrapados en una idea que acababa de golpearle.

Chantal se preocupó, pero al minuto el profesor le preguntó:

—¡Chantal! ¿A qué distancia dijo Castillo que estaba ese objeto raro de la Tierra? ¿Ese OVNI? ¡En años!

La joven hizo memoria, un poco asustada por su mirada de loco.

—Pues... veinte o veintiuno, ¿por qué? ¿Tiene algo que ver con esto?

Delagua salió corriendo de la sala, en busca de los demás.

Maldita sea, si estaba en lo cierto en la locura que se le acababa de ocurrir, por supuesto que tenía muchísimo que ver.

6. Herencia

La sala de reuniones virtual tenía dos niveles, como cualquier ambiente enriquecido con realidad aumentada. Por un lado estaba el mundo real, aséptico y sencillo, con las sillas a ambos lados de la cámara para los conferenciantes. Por otro, el mundo digital que explosionaba en sus pupilas, con elementos figurativos y funcionales sobrevolando sus cabezas como traviesas mariposas monarca.

Joaquín Zamaro daba paseos alrededor de un *jacuzzi* que se abría en el centro del la sala («extraño lugar para situarlo», pensó mientras lo rodeaba), un hueco oval de aire que había sido espesado a la densidad del agua, llenándolo subacuáticamente con gases nobles. Era un adorno virtual, por supuesto, pero parecía tan real que uno podría caerse dentro. El resto de la sala tenía un encanto sereno, pastoral, de paisaje en las faldas del Fuji Yama.

—Damas y caballeros, bienvenidos al quinto pleno de este grupo de investigación —dijo para la audiencia. A su lado estaba Laura, su cabello rozándole los hombros como algas arrojadas a la playa—. Sé que en algunos de sus países es una hora muy incómoda —miró de reojo al científico japonés que aparecía en una de las ventanas—, y por ello les agradezco su presencia. El propósito de esta reunión es poner sobre la mesa los últimos avances en la investigación, para que todos los grupos estén actualizados.

Los científicos asintieron, cada uno en su propio país y en su propio laboratorio. Zamaro se sentía orgulloso por haber reunido un grupo tan maravilloso y heterogéneo de personas, todas muy motivadas y capaces de destacar en su campo. Parecía un sueño hecho realidad que, en cierto modo, justificaba la presencia allí del propio Zamaro. Él no estaba investigando apenas, pero cargaba con las ingratas labores de relaciones públicas, que no era poco.

—Bien. —Se frotó las manos—. Sin más preámbulo, vamos a dar paso a la exposición. ¿Querría empezar usted, doctor Tanaka?

El japonés enlazó su señal de vídeo con unos diagramas que flotaban en el aire.

—Gracias, señor Zamaro —dijo con un fuerte acento labial—. Es curioso que las instalaciones del gran telescopio TECAN se encuentren geográficamente más cerca de ustedes que de mi país, pero mi grupo y yo nos sentimos halagados por poder analizar estos datos y ofrecer tan gratas noticias.

—¿Qué habéis descubierto?

—La ayuda de la doctora Castillo y sus cálculos sobre la influencia gravitatoria de los satélites de Neptuno en el momento angular del Objeto han sido decisivos para llegar a la siguiente conclusión, por lo que deseo expresarle mi más cordial enhorabuena.

Castillo elevó un segundo la vista de sus papeles virtuales para premiarle con un guiño. El japonés prosiguió:

—Lo que hemos averiguado es el punto exacto de la órbita terrestre donde coincidiremos con el Objeto, dentro de dos décadas... siempre que aquel no varíe demasiado bruscamente de dirección o velocidad. Hasta ahora ha experimentado ciertos cambios, como aceleraciones o deceleraciones bruscas, pero la media de su momento angular se mantiene constante. Eso nos da una pauta.

Zamaro puso los brazos en jarras.

—¿Llegará a coincidir con la Tierra en algún momento? —Esa era una de las preguntas más importantes que se hacían todos los que, hasta el momento, conocían la existencia del Objeto: si tocaría nuestro planeta o si pasaría cerca, saludándolo desde el espacio. Las implicaciones de ambos eventos no tenían fin.

Tanaka negó con la cabeza.

—Por desgracia, no creemos que lleguen a coincidir plenamente ambas trayectorias, pero sí que pasarán muy, muy cerca. Quizás incluso a la distancia de la Luna.

—Vaya, eso es condenadamente cerca. Incluso se podría planificar un encuentro.

—Así es. Tanto que casi nos confirma la idea de que el acercamiento no es casual, sino que hay una intencionalidad —dijo Tanaka—. El volumen de espacio con el que estamos trabajando es tan enorme que hay que admitir que detrás de esto debe haber una voluntad rectora, que quiere acercar el Objeto a nuestro planeta pero sin llegar a rozarlo. Quizás para no arriesgarse a causar una catástrofe si la trayectoria final y la velocidad se les van de las manos. Ahora mismo el Objeto avanza a más de dos mil kilómetros por segundo, y

calculamos que podría tener una masa que rondase las seiscientas mil toneladas. Si algo así cayera por error en cualquier parte de la Tierra...

—Apocalipsis a la carta —barruntó Zamaro.

—O puede que no sea más que una coincidencia. Pero insisto en la baja probabilidad de esto. Que las trayectorias se acerquen tanto en un espacio de tiempo de esta magnitud es tan improbable como que lancemos un grano de arena a una playa e intentemos hallarlo de nuevo una semana después y tras haberle pasado por encima un huracán. Tiene que ser intencional.

—Ojalá sea así. Bien, quizá lo que la doctora Castillo tiene que decirnos pueda arrojar un poco de luz sobre esto. —Zamaro se apartó para dejarle el lugar de honor (en el centro de la sala, con los pies flotando sobre la piscina de gases nobles en su delirio multicolor) a Laura.

—Gracias, caballeros. Solo les robaré un minuto, porque lo que tengo que decir, aunque es sumamente importante... —Hizo una pausa dramática—... no durará mucho. Es un simple dato que les dejo para que lo contrasten. Usted, doctor Tanaka, ha establecido fecha y lugar para el argumento de periápside de ambas órbitas. Yo les voy a hablar ahora de la relación que el Objeto tiene con la Señal.

Todos la miraron en silencio. «Desde luego», pensó Zamaro, «Laura tiene dotes para la política. O para el teatro. Si alguna vez se cansa de la astrofísica, siempre podría hacerse un huequito en la escena política».

—Como saben, una de las grandes incógnitas que nos han quitado el sueño es de dónde provino la Señal. En su día, las mediciones de los radiotelescopios nos dieron un vector, aunque no una distancia. Sabemos que el punto de origen es extrasolar y más o menos cuál fue el vector de expansión del cono, pero poco más.

»Gracias a la irrupción del Objeto en nuestro Sistema Solar, muchos han dado por supuesto que fue él quien lanzó la Señal. Pero creo haber hallado pruebas suficientes de que no es así. La Señal no procedió del Objeto, aunque ambos estén situados más o menos en el mismo plano de origen. De alguna manera el Objeto la recogió y amplificó, enviándola con fuerza renovada hacia nuestro planeta.

Se sintió una exclamación colectiva.

—¿Cómo ha llegado a semejante conclusión, doctora? —tartamudeó Guth, el astrofísico alemán que les hablaba desde Bonn, donde estaba ubicado uno de los mayores radiotelescopios dirigibles del mundo.

—No ha sido fácil, pero nuestro pequeño amigo *Pathfinder 6* nos echó un cabo. Este satélite fue lanzado hacia Marte hace cuatro años, y en el momento

de impacto de la Señal se encontraba a cincuenta millones de kilómetros de la Tierra. —Laura les mostró los dibujos que llevaba intercalados entre los papeles, donde aparecía una esfera (la Tierra), un punto lejano de referencia (el *Pathfinder*) y un enorme triángulo que los englobaba a ambos—. El satélite también recibió, alta y clara, la energía de la Señal, que llegó a averiar sus sistemas durante unas críticas horas hasta que el ordenador secundario restableció el control. Estoy segura de que en algún rinconcito de sus entrañas electrónicas se quedó grabado un pedacito del Código y ahora lo lleva rumbo a Marte.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tanaka—. ¿Que la amplitud del cono de la Señal era mucho mayor que la que habíamos supuesto?

—Exacto. Antes pensábamos que la Señal era una onda dirigida a la Tierra, abarcando poco más aparte de ella. Pero si su cono de frecuencia llegó a rozar al *Pathfinder*, tan lejano como estaba en aquella época... —Señaló las dos esferas del dibujo—. Vamos a ver. Supongamos que la Tierra no es la arista contraria del cono, sino su centro (ya saben, antropocéntrica que es una), y que aquel tiene una amplitud que abarca como mínimo hasta la distancia a la que se encontraba el *Pathfinder*. Esto nos deja un cálculo aritmético muy sencillo, basado en esta amplitud y en la pérdida de energía en el vacío según la constante de Alfven, que nos sitúa el punto de origen de la Señal muy por detrás de la órbita de Plutón. Mucho más allá de las fronteras del Sistema Solar. Es decir —carraspeó—, muy lejos del lugar donde se hallaba, supuestamente, el Objeto alienígena en el momento de su emisión.

—O sea —dijo Zamaro—, que el Objeto no emitió la Señal.

—Las pruebas de que disponemos actualmente apuntan a esa conclusión. Pero de algún modo rebotó en él, porque el *Pathfinder* leyó una amplia gama de pulsos secundarios procedentes de sus coordenadas. Actuó como un... repetidor, si me permiten la comparación.

—Entonces, ¿quién demonios la envió? —preguntó Guth, molesto porque aquello tumbaba todas sus disquisiciones de los últimos meses y la compleja teoría que se había montado, él solito, en sus ratos libres.

—Me temo que esa es ahora la pregunta del millón. O una de ellas. Sigo opinando que ambos eventos, Señal y Objeto, están relacionados de alguna forma, porque es demasiada casualidad que se den al mismo tiempo en el corto periodo de historia de la Humanidad. Pero quién los haya enviado, y por qué, son dos cuestiones que...

No pudo terminar la frase, porque la puerta de la sala se abrió de golpe y entró un huracán en forma de profesor Delagua, seguido por una ola

secundaria llamada Chantal. Los dos parecían muy nerviosos.

—¡Paren las rotativas! —gritó Delagua, sacudiendo sobre su cabeza los informes clínicos de los maras—. ¡Tienen que oír esto!

El biólogo se plantó ante Zamaro, pero algo le golpeó la frente y retrocedió con un tremendo rugido de dolor. Chantal lo ayudó a salir de la sala, de una manera mucho menos solemne y vigorosa que con la que había entrado. Delagua acababa de meterse de lleno en un vórtice de microondas que para él debía ser como la antesala del Infierno.

—Señores, me temo que tenemos una emergencia. Yo... eh... les llamaré en cuanto esto se aclare. —Zamaro se disculpó como pudo y apagó todas las conexiones de R.A. y los ordenadores. Luego fue a buscar a Delagua. Lo encontró tumbado sobre una regleta de sillas de plástico—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre entrar ahí dentro?

Delagua se relamió los labios. Trató de decirse que era solo la fiebre lo que los resecaba así. Pero maldita sea, si hubiese tenido una botella de Licor 43 a tiro...

—Yo... lo siento, pero tenía que decíroslo ya. Puede que... me haya pasado un poco.

—Ya lo creo que te has pasado. Aquí también tenemos nuestros protocolos, no puedes ir en plan rinoceronte llevándotelos por delante.

—He pedido disculpas, ¿vale? —se ofendió Delagua, recobrando una cierta sensación de calma, o quizás solo una sensación de lugar—. No me atosigues. Chantal y yo hemos descubierto algo importante. —Trató de decir algo más, pero solo pudo emitir una gárgara floja.

—¿De qué se trata? —Laura le alcanzó un vaso de agua fría de la máquina.

Delagua estuvo un rato con la cabeza apoyada en los azulejos de la pared. Notaba los senos de Chantal distraídamente apoyados en su brazo mientras lo abanicaba con un folio. Le parecieron pequeñas almohadillas de una tersura indescriptible, y decidió seguir con la pantomima un ratito más, a pesar de que se encontraba mejor.

«Esta no es Chantal, sino yo. Yo después de haber nacido en otra vida con mejor mano en las cartas del Destino».

—No ha querido contármelo ni siquiera a mí —dijo Chantal, resignada—. Ya sabe cómo es cuando se emociona. Todo un... arrebatos.

—Sus teorías sí que son arrebatos —gruñó Zamaro, consiguiendo el efecto que buscaba: que su amigo reaccionase y abriese los ojos, ofendido.

—¿Pero qué...? Ah, no, te he calado. No pienso picar con... —Se dio cuenta de que ya había mordido el anzuelo, por lo que era inútil seguir fingiendo. Además, los senos de Chantal ya estaban otra vez a prudente distancia de su piel—. Eres un cabrón.

—Y tú has descubierto algo capaz de parar rotativas.

—Eso creo... En fin, la cosa surge de los estudios que ha realizado Chantal sobre la degradación del cerebro de los maras después de acelerar su infección con la droga.

—¿Droga? —preguntó Tanaka como una voz etérea. Provenía de la extensión R.A. de Castillo, en modo de permiso a terceros—. ¿Qué droga?

—Una mezcla de neurolépticos bastante graciosos, ya os daré los detalles. Lo importante es que hemos visto el futuro del HBI. —«Y el mío propio», se tragó Delagua—. Hemos encontrado el botón de avance rápido. Y lo que hay al final es alucinante.

—¿En serio? —se asombró Joaquín—. ¿Y qué es?

—Verás, amigo, cada vez estoy más convencido de que nos hemos equivocado en llamar «síndrome» o «patología» a algo que no es más que un cambio benigno. Sé que suena raro que alguien que sufre tanto por su culpa diga que el HBI es benigno, pero las cosas son así. —Delagua cerró los ojos, dejando al descubierto unos párpados teñidos con el delicado púrpura del agotamiento. Sus abanicos seguían agitándose, flap flap flap, moviendo más sonido que aire—. El problema es que no estaba planeado que fuéramos nosotros quienes asumiéramos estos cambios, sino nuestros hijos.

—Venga ya...

—¡Hablo en serio, maldita sea! Imagina... imagina por un momento que en realidad hay alguien ahí fuera que creó la Señal y la apuntó con mala baba hacia nuestro planeta, para que nos infectara con HBI —elucubró. El camino de su razonamiento era una maraña de rebrotes—. Podría ser que los cambios biológicos que esos entes necesitaban que experimentásemos no pudieran llegar de sopetón, que necesitáramos un tiempo para asumirlos. O que se los legáramos a nuestros hijos para una mejor y más saludable mezcla con su herencia genética.

»La clave se halla en los roedores. Las áreas de su cerebro afectadas por la Señal van cambiando poco a poco, adaptándose al contenido del mensaje. Que es una adaptación progresiva y no un daño puntual lo demostró Chantal al drogar con los neurolépticos a los maras: apretó el botón de avance rápido y la estereografía cambió.

—¿Estás diciendo que la Señal sigue efectuando cambios en nuestro cerebro, aunque no nos demos cuenta? —se asombró Castillo.

—Sí. Y algo más: Si mis cálculos basados en la degradación de los maras son correctos, y si aplicamos esa misma fórmula a la densidad del córtex humano... la mutación a la que nos inducirá el HBI estará muy avanzada de aquí a veinte años. Entre veinte y veintidós, para ser más concretos, podríamos hablar de un cambio molecular profundo en toda la humanidad. Es decir, exactamente la fecha para la que está prevista la llegada del Objeto a nuestra vecindad.

»¿No lo entendéis? —Sus ojos se desorbitaron—. Nos infectaron con la Señal con la suficiente antelación como para tenernos ya mutados y listos para la fecha en que esa cosa llegue a la Tierra. Pero Chantal ha descubierto por una bendita casualidad la manera de acelerar el proceso, lo que nos lleva al siguiente paso lógico.

—¿Cuál? —preguntó Zamaro, temiendo que no le iba a gustar la respuesta.

—Probar esa aceleración en un sujeto experimental humano. Llevarla hasta el límite y ver qué rayos es lo que nos espera a todos dentro de una generación. —Se le notaba tan enfurecido por sus propias conclusiones que logró una fluidez en la expresión corporal próxima no a la mera poesía, sino al verbo homérico—. Ah, por cierto: por si no había quedado suficientemente claro, gente... me presento voluntario.

7. El T.A.S.

El perfume dulzón del cannabis llenaba la sala y se expandía hacia el pasillo como una invisible nube de serenidad. Con el porro en la mano, Castillo empezó a comprender por qué Delagua estaba intentando sacar cordura de la inestabilidad y del sufrimiento; de ese eterno dolor de cabeza que debía convertir en apostasía cualquier pensamiento. Su carne herida llevaba meses intentando apartarse del alcohol y los psicotrópicos, sin conseguirlo más que a medias, pues mientras el resto del mundo alucinaba a él le había tocado bailar con la más fea, sentándose muslo con muslo junto a la primera psicosis de origen extraterrestre.

«Menudo privilegio. No me extraña que su carácter se haya estropeado de esta manera», se dijo la doctora, dándole otra calada al porro. La nube hizo un tirabuzón en su garganta y fue aspirada por la tráquea. Luego se lo devolvió a Delagua.

—Jesús. No probaba una tan buena desde mi época de estudiante — comentó. El profesor aprobó su opinión con un distraído ah-já mientras se perdía en sus papeles—. ¿Qué estás haciendo?

—El inventario de las cosas que nos van a traer de la universidad de Bonn —dijo Delagua—. Allí es donde he encontrado el único T.A.S. que sigue funcionando en Europa, con su solución salina propia.

—¿Qué es eso?

—Uhm... es la abreviatura de Tanque de Atenuación Sensorial —explicó mientras rubricaba unas cuantas líneas de puntos. En realidad todo eso lo debería estar haciendo Zamaro, la única persona con autoridad para solicitar material a otros centros, pero ya que la idea (y el riesgo) era de Delagua, había delegado en él la responsabilidad—. Los alemanes lo estaban usando para experimentar con los estados alterados de conciencia, un poco en la línea de John Lilly en los años cincuenta. Creo que a un estudiante que estaba haciendo de cobaya para subir nota la Señal lo pilló cuando estaba dentro. ¡Canastos! —Rio—. ¡Cómo me gustaría que me dejaran hablar con él! Sería sumamente enriquecedor.

—¿Canastos?

—Es una expresión de cuando era niño. Está fuera de tu radar cultural.

—Entonces es cierto. Estás decidido a intentarlo.

Delagua le dio una profunda calada al porro. Un remolino de euforia giró en su vientre, haciendo sonar sus vértebras como un xilófono de huesos.

—Por... coj, coj... supuesto, ¿qué te creías?

—Sé que no mentías cuando dijiste que te presentabas voluntario para probar las drogas aceleradoras de Chantal, pero que encima lo hagas en un tanque de aislamiento... —La voz de Castillo sonaba realmente preocupada.

—¡Pues claro, es el único modo de afinar el experimento! De los tres maras, la que sufrió un cambio más profundo fue la hembra, cuando se apagaron las luces por error en el laboratorio.

—¿Y no has pensado que podría deberse a que el sexo es un factor determinante? A lo mejor las hembras estamos más predispuestas al cambio que vosotros.

Delagua torció la cabeza en un gesto que se quedaba a medias entre el «vale, tienes razón» y el «pero aún así te vas a tragar mi argumento».

—Podría ser, pero si no lo intentamos con un varón jamás lo sabremos. — Le lanzó una mirada de reojo—. Y tú no vas a presentarte voluntaria, imagino.

Castillo hizo una cruz con los dedos.

—*Vade retro*, Satanás.

—Eso pensaba.

Un bullicio avisó de la llegada del último cargamento, el más pesado. Se oyó de fondo la voz de Chantal, arengando a los mozos:

—¡Vamos, es por aquí! ¡Cuidado con el escalón, el... sí, justo ese!

Castillo y Delagua asomaron la cabeza por la puerta. La caja que los esforzados operarios arrastraban sobre rueditas era compacta y rectangular, de unos dos metros de alto por uno y medio de ancho. Al verla, Delagua supo que una cierta fuerza cósmica impulsaba su experimento hacia el triunfo. Podría ser efecto de la hierba, pero estaba seguro de que ese optimismo, después de tantos años de fracasos a nivel profesional y personal, era de alguna forma justificado. Parecía como si se redescubriese a sí mismo como una persona valiosa, digna de una moderada admiración.

Y todo eso al ver una caja siendo empujada entre sufrimientos y ¡ugh!, y ¡aghs!, por un pasillo.

—¡Genial, métanla aquí, por favor! —gritó—. ¡Por ahí dentro!

Les hizo un hueco a los operarios para que pasaran. Estos la depositaron en el centro de la cámara de dragado de líquidos, una estancia con un suelo de rejilla conectado a un desagüe, y se fueron malhumorados, secándose la frente con las mangas.

—Esto avanza, sí señor. —Delagua se frotó las manos—. La verdad es que Zamaro no es un burócrata tan inútil como yo pensaba.

Entre los tres abrieron la caja, para lo cual tuvieron que desmontarla madero a madero. Pero lo que surgió de su interior, dormido bajo un sepulcro de espuma amarilla, valió la pena: Un tubo de color bronce remachado por todas partes, más alto que un ser humano corriente, con un ventanuco oval ribeteado de tornillos a la altura de la cabeza. En la parte de arriba tenía una esclusa de volante, al estilo de los antiguos submarinos, que lo hacía parecer un artefacto sacado de una novela de Julio Verne.

Los ojos de Delagua brillaban de placer. Los de Laura y Chantal, de miedo.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó la bióloga.

—¿No has visto la película? No, claro, eres una chiquilla. ¡Dios, es idéntica a la que usaba Lilly! Supongo que el equipo de buzo vendrá aparte... —Se puso a rebuscar en otra caja distinta, sacando de ella una especie de escafandra con un tubo cenital de respiración y un racimo de sensores para electroencefalogramas que colgaba como una araña muerta—. Esto, cariño, es un equipo C.G.H.U., una especie de traje de buceo para la supresión total de la estimulación sensorial. Uno se lo pone —se colocó el casco en la cabeza; era tan grande que le sobraba espacio por todas partes—, se desnuda, se mete en un baño saturado de sales Epsom y sulfato de magnesio de alta concentración... y a flipar con peces de colores.

—Había oído hablar de estas cosas —murmuró Chantal, horrorizada— pero jamás creí que vería una. ¿En serio va a meterse ahí dentro, profesor?

—Anímicamente, ya estoy ahí. Ahora, querida, necesito que me consigas unos cuantos caramelos para la primera sesión. LSD y derivados del cornezuelo del centeno que ya te detallaré. Te daré la lista completa para que se la pases a Farmacia, si eres tan amable.

—Así que este es el monstruo —comentó una voz grave desde el pasillo.

Todos se volvieron hacia Zamaro, que contemplaba el tanque con la reverencia de los antiguos chamanes de las tribus, al ver cosas que no comprendían y simbologías desatadas en un ectoplasma de peyote.

—¿Te he oído mencionar el LSD, amigo? —preguntó, entrando en la cámara de dragado—. Vamos, ni por un segundo pienses que te voy a dejar

mezclar los neurolépticos de Chantal con otras drogas fuertes —lo amenazó—. Ni aunque me firmes un *disclaimer* de noventa páginas. Tu cerebro no lo resistiría.

Delagua arrugó el gesto. Se había temido ese tipo de resistencia, aunque esperaba poder negociar.

—Venga, Joaquín...

—Ni venga ni leches. Te he hecho caso en tu absurda teoría sobre la privación sensorial, pero si quieres hacer en persona este experimento, olvídate de los alucinógenos. Ya no eres un crío, hombre. La palmarías a la primera alucinación.

—Estoy de acuerdo —dijo Chantal, tímidamente—. El factor riesgo es muy alto. Además, no sabemos qué cambios inducirá el HBI por sí solo en tu cerebro. Miren, creo que deberíamos encontrar primero a unos chimpancés que fueran sensibles al HBI y...

—Está bien, nada de psicodélicos en las primeras sesiones, aparte del tioxanteno —se rindió Delagua—. Que les den morcilla a los monos. El único simio estúpido que va a entrar ahí soy yo. Y si no me queréis ver en pelotas (cosa que por el bien de vuestra salud mental, os aconsejo) será mejor que os deis la vuelta.

—¿Has estudiado las fases de la privación sensorial? —preguntó Laura—. ¿Seguro que no interferirán con la aceleración del HBI?

—Eso pregúntaselo a la pequeña *Hipo* y a sus hermanitos. Pero no, no creo que me pase nada. Al menos nada ajeno al síndrome —meditó Delagua, terminando de sacar los trastos de sus embalajes—. Si tengo alucinaciones, que las tendré... intentaré describíroslas en tiempo real desde dentro del tanque.

—Vaya si las tendrás. Con semejante cóctel en las venas vas a ver hasta a mi tía Enriqueta en bikini. Y esa sí que no es una visión agradable. Ni los chamanes ciegos deayahuasca habrán tenido jamás un viaje igual al tuyo.

Delagua levantó una mano, dejando entre los dedos espacio para una copa.

—Brindo por eso.

—¿En qué consiste exactamente la privación sensorial? —preguntó Chantal.

—Tiene tres fases que el propio John Lilly bautizó en sus tempranas experiencias: Uxartias, o fase de la relajación inicial con alivio del sentido del tiempo; Prensys, el momento en que aumentan la ansiedad, la preocupación y

los niveles de cortisol en sangre; y el Albi3n o estado alterado de conciencia. El Albi3n es la meta final, la frontera.

Zamaro le dio unas palmaditas en la espalda.

—Que el Se1or te coja confesado. Y s3 que me vas a firmar esas noventa p3ginas, amiguete. Una por una.

8. El experimento Delagua (primera parte)

Delagua no miraba a Chantal aunque la tenía justo enfrente, al otro lado del ventanuco del tanque. Tenía la vista perdida en vaharadas de luz que llegaban de la calle, a través del hueco de la puerta, distorsionadas por el vuelo de los pájaros. Tuvo la impresión de que aquellos dibujos, los que dejaban en el neón de las fachadas el aleteo de las aves, eran las constelaciones bajo las que él erraba. Su destino deletreado en nebulosas de plástico fino.

Chantal vocalizó un mensaje (¿todo bien, necesitas algo?) al que respondió con una negación de cabeza. Sí, todo estaba bien. Mejor que nunca. Flotar desnudo dentro de aquel supositorio gigante era una sensación extraña, celestial, casi como estar fuera del cuerpo en un sueño de proyecciones astrales. Y solo llevaba quince minutos.

La escafandra de buzo le pesaba un poco, pero no era una molestia. Con el tiempo, los *ssssnnniiff* seguidos de *sschuuuaaaaffff* de su respiración a través del tubo de plástico se volvían una cadencia agradable, casi hipnótica. Tendría que tener cuidado de no quedarse dormido, o el experimento no resultaría. El tanque de atenuación sensorial no era una máquina de sueño, sino un separador de conciencia: al alejar todos los estímulos táctiles, olfativos e incluso gravitatorios (por eso flotaba en la solución isotérmica, para simular ingravidez), al privar al cerebro de una referencia temporal (en cuanto se cerrara la puerta y toda luz proveniente de fuera se cancelara) y dejarlo abandonado en la más completa soledad dentro del tanque, la conciencia terminaría separándose del cuerpo. Metafóricamente, claro, aunque él no notaría la diferencia.

Se preguntó cuánto aguantaría allí encerrado, si horas que parecieran minutos o minutos que parecieran días. Se preguntó si soñaría despierto.

Se miró el antebrazo. Un apósito cubría la herida que le había hecho la aguja de Chantal al inyectarle la solución neuroléptica. El chute esquizofrénico. Casi, casi creyó ver cómo se dilataban sus arterias formando un tejido compacto, ensanchándose para dejar pasar la droga. Abriéndole camino en una ruta 66 sin escalas, directa al cerebro.

«Estupendo, nena: dile al barman que tomaré otro trago de eso dentro de un rato. Si aún estoy por aquí».

Él no era el único cobaya que probaría el chute cósmico esa tarde. En algún lugar de la misma sala, o quizás en el cuarto de control, los maras estaban encerrados en sus respectivos tanques de atenuación sensorial. Solo que en su caso estos eran mucho más baratos: paños oscuros cubriendo sus jaulas, que a su vez estarían metidas dentro de una caja insonorizada. Tal cual estaba Delagua, solo que en pequeñito.

Se le estaba empezando a ir la olla, como le diría su exmujer si lo viera en ese momento. No, si lo viera se partiría tanto de la risa que le daría un pasmo y sería a ella a quien tendrían que meter en el tubo. Pero su ex

«Venga, concéntrate, solo hace media hora que flotas como una sardina en lata».

jamás pisaría ningún departamento de la Universidad. Le tenía fobia a los ambientes cultos. No al saber, ni al aprendizaje, sino al estamento universitario en sí. Ahora estaría en uno de sus grupitos de estudio de las Escrituras, en el

«¿Sientes ese cosquilleo en la punta de los dedos, ese picor en el escroto, esa galvanización eléctrica en el vello de la nuca? ¿Existe de verdad, lo estará recogiendo el encefalograma que vampiriza mis pensamientos? ¿Sabrá Chantal que estoy pensando en ella sin tener que pensar en ella, lo leerá en los picos de la gráfica?».

salón del Reino que hay en la calle Cortázar, quinto izquierda. Allí, con su grupo de elegidos de Dios. Con Cristo sentado a su lado, en su forma de cabra con múltiples ojos, pasándole las páginas de la Biblia con sus pezuñas para que ella no tenga que hacer mucho esfuerzo. Tañido de campanas flotando por encima del edificio con hermosas combinaciones de himnos. Mierda, sí que se le estaba yendo la olla.

Trascripción de lo que Delagua creyó que le dijo Chantal cuando pegó su cara al ventanuco, vocalizando en (presunto) español:

Querido profesor:

He dudado mucho entre decirle esto hoy o no, pero ya no me podía aguantar y creo que es el momento adecuado, ahora que ambos estamos preparados para asumir la verdad: El hecho irrefutable de que somos el uno para el otro. De que, aunque hace algo más que doblarme en la edad, de hecho casi me la triplica, no le temo a la diferencia de años. Si siempre me he sentido atraída por los hombres mayores es porque creo que su experiencia suple cualquier otra falta de atractivo. Le deseo, señor Delagua; le amo con todo mi corazón, y estaré esperándole cuando salga de esa prisión acuática para que me enseñe algunas verdades sobre la Vida.

Su caramelito.

Trascripción de lo que realmente dijo Chantal cuando se despidió de él con su cara pegada al cristal del ventanuco, vocalizando en (presunto) español:

¡Todo está ok, abuelete, comenzamos! Pongo a cero el cronómetro y activo el encefalograma. ¡Espero que no le pique la cara porque no podrá quitarse el casco para rascarse! Vuelvo en cinco horas, a menos que la droga le haga antes alguna reacción. No tenga miedo porque Zamaro o Laura o yo estaremos monitoreando en todo momento. ¡Suerte!

Sin firma.

Dos horas. Debía llevar dos malditas horas flotando en aquel líquido amniótico infernal, que más que proteger su piel la estaba lacerando. La explicación de las huellas dactilares en el feto le estalló en la mente, sin venir a cuento: los niños en gestación rozaban con sus deditos las corrientes generadas en su microverso por el movimiento de la madre. Ese vaivén se le quedaba grabado en la piel más sensible de esa etapa del desarrollo, y solo en ella: de ahí provenían las huellas dactilares. Eran la historia tatuada de su viaje por el vientre materno.

Delagua pensó que si se movía mucho acabaría llenándose de esos laberintos dactilares por todo el cuerpo. Se estuvo quieto, en estado de completa inactividad. Al relajar los brazos y las piernas, se le doblaron ligeramente hasta alcanzar un punto de reposo máximo, donde ningún músculo estaba flexionado. Delagua, visto desde fuera, parecía un feto

enorme y arrugado que no podía doblarse del todo (maldita ciática), volando como una astronauta a mil kilómetros de un planeta llamado Cordura.

«Cada cual debe pagar la cuenta de sus obsesiones. Y yo estoy aquí metido porque esto... esto es un sueño que roza la perversión más sicalíptica».

—No te preocupes, que el *whisky* y la obsesión corren de mi cuenta —dijo una voz junto a su oído—. Tómame las copas que quieras.

Delagua tuvo un espasmo de terror que le hizo dar un brinco dentro del tanque. Fue más bien un temblor, una sacudida que debió tatuarse en las gráficas de Chantal como un terremoto. Pero allí dentro no había nadie, salvo él. Estaba hablándole al oído un fantasma con la voz de su ex.

«Vete al carajo, fantasma de mierda», dijo telepáticamente. Pensó en el tiempo de inmersión: dos horas y media, tal vez menos. Pero el tiempo era engañoso, un metro sin muescas para los decimales. Si su mente pensaba que llevaba dos horas allí dentro, lo más seguro era que no hubiese completado ni siquiera una. Cristo, qué agonía. Miró a través del ventanuco tratando de hallar cualquier asidero a la realidad: un destello de luz que le diera perspectiva, una sombra inclinada, cualquier cosa.

Pero estaba completamente oscuro. Claro, en eso consistía la ausencia de estímulos, en que no había nada a lo que agarrarse. Una vez suprimido todo lo demás, solo quedaba el espacio interior. Un camino retorcido hacia dentro. Chispazos en la fragua de su cerebro.

«Hacemos esto cuando tenemos miedo. Abrimos los ojos y vemos un bosque, decimos tonterías y nos andamos por las ramas. Porque cuando entramos en pánico solo nos quedan ramas por las que andar».

La química ya debía estar haciendo estragos en sus sinapsis. Se preguntó cómo les iría a los maras, si también estarían gozando de su particular fiesta de esquizofrenia ratonil. ¿Venía en el diccionario esa palabra, ratonil, o la usaba porque una vez la oyó en los dibujos animados? Sí, seguro que sí, una palabreja tan socarrona solo podía haber salido de la mente calenturienta

«Cincuenta grados centígrados, tropecientos kelvin, eso, eso es lo que pasa entre mis orejas, madre mía, me voy a freír»

de un guionista de dibujos animados. Pero no eran ratones, sino liebres. Como Bugs Bunny.

Un psiquiatra, sentado en lo que parecía un diván extraído de un nogal a martillazos, le soltó un eslogan:

La cordura de un hombre es un concepto relativo.

«... Y tú vete a la mierda con tu filosofía de baratillo, pedazo de cabrón. A mí me vienes a psicoanalizar ahora Jesús me está pasando estoy perdiendo la conexión con el flujo temporal la conexión con el resto de mí dentro de poco seré solo pensamiento sin una cámara de revelado que le dé sentido».

—Van a quedarte secuelas permanentes de esto, chaval —agregó la cara del psiquiatra. El muy imbécil se lo estaba pasando en grande.

Entonces creyó ver algo. O más bien, escuchar algo. Un sonido brillante, un susurro geométrico en perspectiva de fuga.

Una voz que provenía del infinito.

Supo que eran los maras, charlando en el lenguaje secreto de los animales. Ellos también hablaban a base de eslóganes:

La diferencia entre el hombre y la liebre solo resulta evidente si eres un hombre.

Delagua frunció el entrecejo en cámara lenta. Por cierto, tenía mucho entrecejo que fruncir.

Alcanzar el Uxartias es una epifanía que te devuelve un estado de levedad no euclidiano.

Eso fue recibido por una carcajada urbanita, perversa y chismosa. ¿A quién le daban miedo los fantasmas? No, a mí no. Afirmación a través de la negación. ¿Quién empezaba a pensar que aquel maldito experimento era un viaje solo de ida? Eh... (el concursante intenta hacerse el loco mientras se la acaba el tiempo del cronómetro; el público se ríe cortésmente de fondo, el presentador se impacienta).

Rebasar el Prensys equivale a entrar en el reino de los cuerpos celestes, multiplicar por cero la equivalencia del carbono 14, salir disparado hacia el conundrum de la eternidad. Pero llegar al Albión, amigo mío... eso es simplemente la leche

—Dímelo a mí, esto es mejor que el orgasmo... —intenta susurrar, pero solo lo intenta. Sus cuerdas vocales no responden, están anudadas a su bulbo raquídeo. Unos ruidos que provienen de su nuca le hacen pensar en el relincho afónico de una motosierra, cortando tendones, y en la tos de una aserradora de petróleo, cercenando nódulos nerviosos.

El estrangulamiento de los nervios le provoca una somnolencia inquieta, fría como una tumba, que se convierte en el sueño sin imágenes de la transición a... otro sitio.

Delagua sintió miedo por primera vez, miedo real, de no poder escapar de aquel tanque. De morir allí y fosilizarse como un esqueleto atrapado por la descarga de alquitrán de una fuente subterránea.

Hipo, ahora la reconoció: la que le soltaba los eslóganes era la voz de *Hipo*, la hámster (no, la mara) más avanzada en el proceso de alienización («y esta palabra te juro que no viene en el diccionario»). Si solo lo estaba pasando la mitad de mal que él, estaría viviendo el infierno en vida de los roedores. Pobrecita, sufriendo en nombre de la Ciencia, escuchando la canción, evolucionando a estertores en su tanque de aislamiento...

Y sí, sí que había una voz. No lo estaba soñando, o si lo estaba soñando era lo más real que había experimentado en su vida.

Estaba al fondo de todo, oculta en la oscuridad.

Y lo llamaba.

El profesor Delagua, ahora poco más que un trozo de carne con aspecto de espermatozoide bípedo, estaba preso de dos imperativos: Salir de allí, volver al estado de conciencia humana controlable, lejos del Albión. Nadar con ahínco hacia la superficie. O... o seguir cayendo hacia la nada, hacia lo que fuera que se ocultaba al otro lado. Creyó ver una salida al fondo, un túnel hacia otro lugar, y su mente lo pintó como una puerta. Pero la puerta estaba cerrada. La voz que lo llamaba provenía del otro lado.

Entonces tiene un *flash* de claridad, solo uno y breve, y Delagua comprende lo que está pasando. Las voces existen. El cóctel neuroléptico de Chantal («¿ya me ha servido otra, camarero?») le ha expandido la conciencia hasta enlazar directamente con la Señal. Decodificación directa.

«Dios», lo comprende en ese momento: «la Señal no ha cesado. No duró únicamente treinta cochinos segundos y se extinguió. Aún sigue activa. Está ahí, escondida en algún lugar entre la radiación del fondo de microondas y el pulso de la paridad cuántica. En una madriguera donde no tenemos oídos para escuchar, ni ojos para ver».

«Y yo he sintonizado accidentalmente con ella».

Entonces llegó la imagen, cosida al sonido con un hilo de luz. Delagua los vio, a Ellos, y supo lo que estaban haciendo. Lo que habían hecho con mil tipos distintos de criaturas en otros tantos mundos. Y la comprensión de todo ello fue como el relámpago que debió sentir su cerebro cuando salió del vientre de su madre y contempló por primera vez el mundo exterior.

Su mente intentó explicárselo, pero como solo lo entendía a nivel subconsciente, echó mano de una metáfora:

Tiró de un antiguo episodio de su niñez, de hacía la tira de años y no menos martinis. Vio a su padre probándose unas muletas, justo después del accidente de moto. Delagua, que tenía los focos y las cámaras de la metáfora posados en él, y sin apenas maquillar, estaba en el centro del cuadro. No debía levantar ni media década del suelo. Recordó preocuparse al ver a su padre con aquella pierna artificial, riéndose de la situación y asegurándole que no le dolía, y que en pocas semanas volvería a andar.

Pero a aquel niño el miedo se le quedó grabado para siempre. Miedo por su padre, porque no recuperase aquel miembro que era suyo y que una estupidez (algo llamado «adelantamiento indebido con lluvia», un arcano cabalístico que no entendería hasta años después) había estado a punto de arrebatarse.

Delagua recordó la muleta, y a su padre apoyándose en ella como si le bastase aquella corta longitud de madera para recobrar la normalidad... y supo lo que estaba viendo. Tenía ante sus narices lo que Ellos querían hacer con la especie humana. Solo que por el momento, su comprensión estaba circunscrita a los límites de la metáfora.

Delagua aulló de miedo, su corazón a un latido o dos del colapso, sus venas ardiendo en crematorios alucinógenos. Y entonces la tapa del T.A.S. se abrió y unas manos misericordiosas lo sacaron a toda prisa.

Corte a (solo audio):

—¡Está convulsionando!

—¡Vamos, acostadlo en la camilla! ¡Que alguien llame al hospital! ¿No tenemos un chisme de esos que salen en las películas, un desfibrilador?

—¡Pero qué desfibrilador ni qué leches! ¡Son las fenotiacinas y las butirofenonas, que lo están achicharrando por dentro! ¡No las está absorbiendo bien!

Alb... albbbb... albióon...

Voces remotas... en la oscuridad y la gelidez del tercer estado...

Voces en la psicosis inducida, en lo más profundo de los abismos de la mente.

Un camino en la negrura hacia el desfiladero del billón de estrellas.

Corte a (imagen y audio):

Delagua tumbado en la camilla, una bata cubriendo sus vergüenzas, un puñado de monitores dibujando cuadros abstractos en forma de rayas rojas que suben y que bajan, que suben y que bajan...

Gente de fondo.

Chantal, Zamaro, Castillo.

El trío zapatista.

Muertos de miedo por lo que podrían haberle hecho. Borrachos de actividad. Desde la mesa de enfrente, la que yace bajo un corrimiento de tierras de papel continuo de impresora... un par de ojos que lo miran. Ojos no humanos.

Es *Hipo*, en su cajita. Mira a Delagua y en esa mirada hay comprensión, y algo que va más allá de las limitadas cadencias cognitivas de un roedor.

«Lo siento, te he matado», llora Delagua, sintiendo por primera vez en su vida empatía hacia aquellos animales. «Pero no tengo la culpa, yo no hice más qué. El problema es que no sé qué es ese qué».

Luego, *Hipo* cae de costado, muy lentamente, casi a mil fotogramas por segundo, y muere. Sus hermanos también están muertos, lonchas de carne fría.

Y se hace el silencio.

Chantal, como prometió, deja caer una lágrima.

(Fundido a negro).

9. Análogos u homólogos

Sonaba una música muy hermosa, algo sinfónico pero con resonancias tribales. Indonesias. *The wind chimes*, de Mike Oldfield, segundo movimiento. Delagua había escuchado mucho ese disco en su juventud.

La luz se le hundió en la retina como un puñal. Se retorció de dolor, pero al cabo de un rato pudo abrir los ojos sin problemas. Como había imaginado, estaba en una camilla. Y sí, aquello parecía un hospital. La cama que completaba la habitación estaba vacía y deshecha, como si la estuvieran limpiando. A través de la ventana (de esas que no se pueden abrir del todo y que ni siquiera tienen manilla, para que la tentación de un rápido final no haga mella en los pacientes) el sol repartía justicia desde un cielo pintado de plomo.

Desorientado, Delagua buscó el típico botón de llamada para el personal de la planta. ¿Dónde demonios estaba? Ah, aquí.

La puerta se abrió, pero la persona que entró no era una enfermera. Era Laura Castillo. Llevaba un paquete de pipas saladas cuyo «riiiipppp» coincidió con el sonido de la puerta al golpear la esquina de la cama.

—¡Profesor, estás despierto! —exclamó y corrió a abrazarlo dejando un reguero de pipas por el suelo.

—Ay, ah, uff... —se quejó él, intentando encajar tanta efusividad—. Vale ya, me estás matando. No ha sido tan grave la cosa.

—¿Que no? —Laura, enfadada, le propinó un puñetazo en el brazo. Eso sí que le dolió—. ¡Idiota, menudo susto nos diste! ¿A quién se le ocurre? La próxima vez que se te ocurran experimentos como ese hazlos tú solito. En tu garaje, ¿estamos?

Delagua sonrió.

—Eso quiere decir que salió bien, después de todo. Si no, no estarías tan enfadada.

—Idiota. I-dio-ta —silabeó—. ¿Lo quieres en japonés?

—¿Sabes insultar en japonés?

—Cuando se trata de insultar, mi erudición es aún mayor que la tuya.

Delagua pidió algo líquido, a ser posible con grados de alcohol. La auxiliar de la planta le prometió que asaltaría el mueble bar en su nombre, buscando lo más fuerte que hubiera. Lo que le trajo fue un botellín de agua con gas, baja en sodio.

El profesor mentó por lo bajo a su parentela y le pidió a Castillo que si podía «algo así como dejarle» dinero para sacar algo decente de la máquina. Laura le dijo que podía «algo así como irse» al infierno y que, a partir de ese momento, iba a comportarse como un paciente modelo y a respetar las normas.

—Bueno, al menos cuéntame qué pasó —se resignó el hombre—. Será mejor que lo que estén echando en la tele.

—¿Que qué pasó? ¡Lo que pasó es que casi no te traemos de vuelta! Te sacamos del tanque fibrilando y con los ojos vueltos del revés, hechos un nudo con el nervio óptico. Menos mal que Zamaro tenía su coche en la misma puerta y te llevamos zumbando a Urgencias. Ya se ha dado orden de desmantelar ese maldito ataúd de agua.

—Desm... oh, no, ¡no me jodas! Esa era solo la primera fase del experimento.

Castillo le lanzó una mirada forrada de acero.

—¿Te digo por qué parte de mi anatomía me voy a pasar el *planning*?

—No hace falta. —Se restregó las muñecas por la frente. Su escritor favorito, Daniel Creed, no hablaba de estos bruscos «síndromes del fracaso por exceso de éxito» en su trilogía de la autoayuda para científicos, pero lo insinuaba con fuerza—. Maldita sea, pensé que funcionaría.

—Y lo ha hecho.

Delagua alzó de golpe la cabeza.

—¿Qué...?

—Que, lo que se dice funcionar, lo ha hecho a las mil maravillas. Pero no sé si te van a gustar los resultados.

Tuvo que sacárselo con espátula, pero Delagua consiguió que Castillo le hiciera un análisis completo de la situación: Los tres maras habían fallecido durante el experimento, pero justo antes de que sus pequeños corazones se rindieran habían sufrido... cambios. Sus picos y valles en el encefalograma coincidían a la perfección con los que había sufrido Delagua, como si de alguna manera estuviesen conectados, como si se enviaran datos de telemetría. Pero cuando Chantal llevó con tristeza sus pequeños cadáveres a la mesa de autopsias y les abrió el cráneo... «Dios», se estremeció Laura, «ahí sí que fue cuando todas las quinielas reventaron».

A la doctora se le hizo difícil describir lo que desenterró el escalpelo de Chantal. Aquellos maras alcanzaron (y rebasaron) el límite de tensión que la Naturaleza había dictado para sus cuerpos, cayendo fulminados tras un último rayón en el encefalograma.

—Chantal encontró, hablando claramente, una parte nueva del cerebro que antes no existía —dijo Laura. Tenía la piel de gallina, aunque la temperatura de la habitación estaba regulada a veinticinco grados—. Una especie de orgánulo asido mediante un racimo de nervios al córtex sensoriomotor.

—¿C... cómo que un orgánulo nuevo? —se atragantó Delagua.

—Como lo oyes. Al parecer les «nació» una sección nueva del cerebro mientras estaban sometidos a la tensión de los neurolépticos. Chantal te dará detalles cuando venga a visitarte, pero por lo poco que entendí, es como si una región naturalmente presente en el diencéfalo, la zona que recibe las entradas sensoriales, hubiese engordado hasta generar especialización propia. Es inexplicable.

El terror hizo que la mano de Delagua se levantara por sí sola para ir a frotarse la parte de atrás de la cabeza. Era un acto reflejo, una tontería... pero al ver la reacción de Castillo, supo que no iba muy desencaminado.

La doctora asintió. Tenía los ojos tan brillantes que parecían un incendio.

—Lamento ser yo quien te lo diga, pero a ti también te ocurrió. Lo tienes justo por encima del tálamo: es una especie de bulbo con forma de rábano de color azul, todo erizado de nervios. Te nace ahí y te llega hasta los tubérculos cuadrigéminos, en el mesencéfalo. Ahora eres toda una celebridad en este hospital, amigo. Y yo diría que en el mundo de la neurocirugía.

Delagua pasó los siguientes segundos de silencio con ganas de que la mujer no aguantase más la risa y estallase en una carcajada (¡te he pillado, idiota, has caído como un niño! ¡Ja ja, qué cara de capullo se te ha puesto!). Pero no sucedió. Castillo siguió mortalmente serio los siguientes diez segundos y los otros diez, y así hasta que quedó patente que no se estaba burlando.

En ese momento entró Zamaro. Llevaba unas revistas de divulgación bajo el brazo, para entretenerse mientras hacía guardia. Intercambió con Laura una mirada telepática.

—Bienvenido al mundo de los vivos, conde Drácula. ¿Qué tal por la ultratumba?

Delagua seguía frotándose la parte de atrás de la cabeza, en un movimiento reflejo. Tardó en darse cuenta de que Joaquín estaba hablándole.

—¿Eh? Oh... bien, supongo. No, ¡qué coño!, mal, muy mal. Me he despertado con dolor de cabeza.

Otra mirada telepática. Joder, qué poco le estaba gustando aquella movida. Se estaba acojonando pero de verdad.

—La teoría, la única que tenemos... es que esa cosa forma parte de la mutación que tú mismo vaticinaste —dijo Zamaro, sentándose como un familiar preocupado al borde de la cama—. Es la prueba definitiva de que tenías razón. La Señal ha efectuado cambios en nuestro genoma, de tal manera que la siguiente generación de humanos podría nacer con ese... bicho metido en el coco.

—Chantal ha extraído los bulbos azules de los maras y los llevará mañana a un laboratorio —dijo Laura—. Aunque hemos estado a punto de perderte, esto ha sido... por Dios, ha sido el paso más importante en la investigación de la Señal que se ha dado nunca. El resto del equipo, en Alemania y Japón, están que no les llega la camisa al cuello.

—Mi padre me decía que tenía bigotes de gato en vez de nervios... —susurró Delagua, dejando vagar la vista hasta un punto inconcreto en la pared (y estremeciéndose al recordar cierta muleta)—. Y que me pasaría la vida sobre ascuas. Una vez dijo que me iba a dejar en tres tonos de azul por... por abollarle con un tirachinas la puerta del coche.

Zamaro se le acercó con ojos fijos, de tigre a punto de saltar.

—¿Qué viste ahí dentro, en el T.A.S.? ¿Hasta dónde llegaste?

Delagua hizo un esfuerzo por recordar. Su mano reinició el masaje subconsciente. Cuando fue a buscar esa mano, para ver qué estaba haciendo, se la encontró en su nuca.

—Creo... creo que llegué a rozar el tercer estado de estimulación de conciencia, el Albión. Pero no estoy seguro. Sufrí... alucinaciones. —Imágenes inconexas explotaron en su mente, cuadros psicotrópicos que solo tenían sentido si se los miraba de reojo—. Los vi a Ellos, maldita sea. Los vi. Estaban allí.

—¿A quién te refieres?

—A Ellos. Los responsables de esto. Los que mandaron la Señal. Sí, sé lo que vais a decir. —Frenó sus gestos de incredulidad—. Que me he vuelto loco y tal. Pero os juro que creí oírlos allí dentro, en la oscuridad. Sabían mi nombre. Querían que me dejara caer a... a través de aquel túnel. Hacia el infinito.

—¿Qué túnel?

—Sé que si hablo me vais a encerrar en un manicomio, pero qué carajo, esto ya es un manicomio. Aluciné con el cóctel de drogas, es verdad, pero sé que aquello era real. No me lo inventé. Creo que la Señal sigue activa, a un nivel muy sutil, pero capaz de estimular cambios silenciosos. Nunca se cortó, solo bajó de volumen hasta que dejamos de oírla.

Sus compañeros se miraron. Por un momento, Delagua creyó que se iban a marchar, pero Zamaro le invitó a seguir exponiendo sus ideas. Al fin y al cabo, por raras que parecieran, él era el Cuarto Hombre. Y su trabajo era pensar perpendicularmente.

—Estoy convencido de que la Señal es una línea telefónica que funciona en ambos sentidos —murmuró Delagua—. Nosotros los oímos, pero Ellos también podrían escucharnos si averiguamos qué lenguaje emplear. La verdad es que no tengo pruebas de que esto sea así, pero si ahora me lo preguntas, te diré que la Señal reformará los cerebros humanos (y puede que los de otros seres de orden inferior, como los cobayas o los delfines) para captar plenamente ese tipo de energía dentro de unas décadas. Es decir, cuando el Objeto, la nave espacial o lo que coño sea, llegue a nuestra vecindad.

—¿Pero qué esa cosa azul, para qué sirve? ¿En qué sentido modifica nuestro cerebro?

—Puede que sea un receptor enzimático de radio; o algo más extraño. No tengo las respuestas. Vale que viví una experiencia extrasensorial o como quieras llamarla, pero eso no me hizo más sabio. Seguro que Chantal averiguará más cosas cuando analice los orgánulos.

Aunque... dijeron sus ojos.

Aunque. El principio de una teoría que se negaba a germinar.

Zamaro, que lo conocía bien, localizó ese «aunque» y le preguntó por él.

—Venga, suéltalo. Estamos en el momento más bonito de la investigación, ese en el que cualquier teoría podría ser cierta y no hay ningún camino cerrado. Si se te ha ocurrido algo, por disparatado que sea, suéltalo. Y por favor, que no tenga que ver con ángeles.

—Claro que no, ¿por quién me tomas? —gruñó Delagua. Fue a buscarse la mano derecha y la encontró allí, detrás de la cabeza. Rascándose justo en el lugar donde sabía que había algo—. En fin, tú lo has querido. Es toda una teoría, un nuevo campo de expansión para la ciencia.

Delagua abrió los brazos, como para abarcar la magnitud de sus ideas.

—Cuando estuve allí, rozando el Albión, sentí como si Ellos... estuvieran tan perplejos de este fenómeno como nosotros. Sí, esa es la palabra. Perplejos. —Se miró las puntas de los dedos. Las huellas dactilares parecían haberse

recombinado, formando nuevos laberintos—. Hasta ahora habíamos presupuesto muchas cosas, entre ellas que el Objeto y la Señal estuvieran relacionados. Como si fueran distintas caras de un mismo concepto. Pero imaginad por un momento, solo por un momento... que no fuera así.

»Imaginad a una civilización extraterrestre que ya se hubiera encontrado con esa cosa pasando por su sistema solar. En un pasado cercano o remoto, me da igual. Intentaron quizás ponerse en contacto con ella, llamarla y decirle que estaban allí; o tal vez adorarla como a un dios errante. Pero el Objeto no respondió. Se limitó a seguir de largo hasta que salió de su sistema, rumbo a otro. Al nuestro.

—¿Estás sugiriendo que los que mandaron la Señal y los constructores del Objeto no son los mismos?

—Ya te he dicho que es una tontería, pero no dejo de darle vueltas. Una vez, un alumno me preguntó cómo afrontaríamos la tarea de analizar un organismo alienígena si supiéramos que se iba a descomponer en una hora y corriéramos contra el reloj. ¿Qué analizaríamos primero? ¿Qué partes de su cuerpo sacrificaríamos con la idea de perderlas para siempre? Es una cuestión peliaguda. Le contesté que se puede priorizar en base a lo que consideremos más útil, es decir, el conjunto de conocimientos del que sacaríamos más provecho. Yo particularmente me metería a fondo con su sistema motor-muscular, aunque conozco a mucha gente que se tirarían como buitres sobre su cerebro. Nada nos garantizaría, aún así, que fuésemos a extraer la más mínima perla de sabiduría. La alieinidad es la alieinidad y se basa en que podría ser algo parecido a lo que conocemos... o tan distinto que lo veríamos pasar sin enterarnos un carajo de nada.

»Este principio también podría aplicarse a la tecnología y ahí es donde entran nuestros amigos aliens. En el supuesto de que existan y que lo que yo vi, claro, no fuera un mal viaje de LSD —sonrió Delagua—. Imaginad que Ellos están tan tranquilos en su planeta, orbitando pacíficamente una estrella distante. Imaginad que el Objeto entra abruptamente en su vecindad, llegado de vete a saber dónde. Las caras de estos seres no tendrían precio, igual que las que se nos han quedado a nosotros. —El profesor se sentó al borde de la cama, la manta hecha un ovillo sobre la abertura de su bata—. ¿Cómo reaccionarían a un acontecimiento así? ¿Enviarían una sonda para que contactase con el Objeto o quizá a miembros de su propia especie para que lo analizaran en vivo? ¿Estaría su ciencia lo suficientemente avanzada como para entender algo de lo que allí vieran?

—Si están más evolucionados que nosotros, no veo por qué no —opinó Laura.

—Bah, eso de que la evolución implique necesariamente una mejora es una milonga. Cualquier zoólogo lo sabe. Siempre hemos imaginado a las especies alienígenas como seres avanzados y, por lo tanto, más perfectos que nosotros, pero es una asunción arbitraria. No tendríamos que emparentar evolución con mejoría, pues esta no nos mejora, simplemente nos cambia, adaptándonos lo mejor posible a cada periodo geológico. Pero, a menos que seas uno de esos capullos creacionistas, admitirás que en ningún lugar está escrita la ley de que «lo nuevo siempre será mejor que lo antiguo». ¿Mejor por qué, en qué sentido? Nos vanagloriamos de ser criaturas más perfectas que el homo erectus porque tenemos mayor capacidad craneal y un sistema cognitivo más avanzado, pero en muchos otros aspectos somos peores que ellos. Se han encontrado pruebas de que el erectus era capaz de andar decenas de kilómetros en un día sin apenas notar desgaste en los huesos. O que podía levantar pesos que hoy nos parecerían cosa de chiste, terreno exclusivo de Superman y compañía.

»Hemos empeorado en ciertos aspectos y mejorado en otros. Analizándonos globalmente, no somos mejores como especie que nuestros antepasados, solo distintos. Eso mismo podría pasarle a Ellos. Podrían estar en un momento de su ciclo evolutivo que los hiciera buenos para algunas cosas y malos para otras. Quizá su civilización tenga un margen de inoperancia aún más grande que el nuestro, que ya es patético.

—¿Margen de inoperancia? —preguntó Laura—. ¿Qué es eso?

Zamaro intervino:

—Es como llamábamos cuando éramos estudiantes a la distancia que hay entre la realidad de una civilización, su día a día, y el máximo nivel de organización al que podría aspirar con la tecnología que ya posee, pero que no quiere aplicar. El ejemplo perfecto son los motores no contaminantes para coches o aviones: hace mucho que se dio con la solución óptima, pero no se aplica en la vida diaria porque hay demasiados intereses económicos.

—Exacto —continuó Delagua—. Supongo que uno de los privilegios de las civilizaciones avanzadas es asumir cierto grado de inoperancia, siempre que no le haga demasiado daño. Los extraterrestres podrían estar atrapados en la misma trampa: a lo mejor tienen capacidad para ver el Objeto, incluso para enviar algún heraldo hasta él, pero no para manipularlo o comprenderlo del todo. ¿Qué haría esa civilización? Se tendría que plantear la misma pregunta que me hizo aquel alumno: Cuando el tiempo es limitado, ¿qué harías? ¿Qué

intentarías aprender, en qué te fijarías, sabiendo que estás condenado a desperdiciar el noventa por ciento de todo lo demás?

»O mejor aún... —Aquí fue cuando Delagua adoptó su expresión de pantera—. ¿A quién encontrarías para que rematase el trabajo?

Laura se quedó un segundo en silencio, pensando. Luego alzó las cejas de golpe.

—¿Acaso insinúas que...?

—Sí. Pero solo hago eso, insinuar. No me quedan fuerzas para nada más.

—Es una hipótesis muy arriesgada —dijo Zamaro, complacido—. Te felicito. ¿Estás proponiendo que ellos... perdón, Ellos... —le confirió solemnidad a la palabra— empezaron un análisis del Objeto a sabiendas de que no iban a poder completarlo, porque saldría en poco tiempo de su sistema solar? ¿Y que buscaron a otros seres dentro de su radio de alcance tecnológico, para que prosiguieran con esa investigación?

—Investigación, adoración religiosa... joder, yo qué sé, podría ser cualquier cosa. ¡Quién sabe lo que pasa por la mente de un alienígena antes del café del mediodía!

—Y nos encontraron a nosotros —dijo Laura, muy concentrada—. ¿Pero cómo? ¿Por qué no nos enviaron una sonda, o un mensaje más claro?

—¿Acaso el ser humano es capaz de llegar físicamente allí donde llegan sus transmisiones? —sonrió Delagua—. Para nada. Nuestros mejores vehículos espaciales se las ven y se las desean para llegar hasta la órbita de Plutón y eso que no están tripulados. Sin embargo, podemos mandar ondas de radio o rayos de luz mucho más allá. Tal vez fue eso lo que intentaron, solo que de una forma más invasiva. Puede que... espera... —Meditó para sí, rascándose la barbilla con una mano mientras la otra seguía perdida entre su pelo—. Cuernos, o podría ser que... vaya, no es una idea tan descabellada, al menos a nivel biológico. Supongo que habéis oído hablar alguna vez de la diferencia entre órganos análogos y homólogos, ¿no?

—Yo no —dijo Castillo—. En astrofísica tenemos otras acepciones para esos términos.

—Significa que la Naturaleza llega a veces a las mismas conclusiones por diferentes caminos, evolutivamente hablando. Los brazos humanos y las aletas de los delfines comparten un mismo ancestro común, pero no tienen la misma función; son, pues, órganos homólogos. Sin embargo, las alas de las palomas y las de los murciélagos sirven para lo mismo pero no se parecen en nada a nivel filogenético. Son análogas.

—Creo que me he perdido. ¿Estás insinuando que los aliens, o como quieras llamarlos, han querido mutarnos para...?

Delagua asintió, lúgubre.

—Sí. Para desarrollar en nosotros un órgano análogo a alguno que ellos posean y que nos permita continuar el trabajo allá donde lo dejaron, ahora que somos la civilización más cercana al Objeto. A lo mejor ese... ese... rabanito azul que han implantado en mi cabeza no es más que la versión 2.0 para cerebros humanos de qué se yo, de la...

(muleta de mi padre)

antena psíquica de comunicación de esas cosas —fantaseó—. O podría tratarse de una analogía tecnológica y no biológica. Los humanos lo hacemos constantemente. Y vuelvo otra vez al ejemplo de los delfines: la Naturaleza no nos dio aletas, sino pies, que son bastante pobres para el movimiento subacuático. ¿Qué hemos hecho los hombres? Sustituir nuestros miembros inútiles por otros óptimos mediante tecnología, fabricando aletas de buzo, hélices de submarinos, etc. Es... —se inventó la palabreja sobre la marcha— «coevolución tecnofílica análoga». Toma ya —rio—; si mis alumnos me oyeran soltar un palabro tan monstruoso me traerían muñecos vudú.

»Puede que este rabanito azul con el que nacerán nuestros hijos sea la versión para primates de lo que hace posible la comunicación entre los aliens y el Objeto. O que les permita construirlo a partir de piezas electrónicas. Quién sabe. Lo único que sé es que... —Miró alternativamente a uno y a otro—. ... tengo que regresar al laboratorio.

Zamaro dio un respingo.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, coño? —se desesperó Delagua—. ¡El tanque T.A.S.! ¡No llegué sino a rozar el Albión, tengo que llegar hasta el final o jamás resolveremos este enigma!

Castillo y Zamaro se pusieron en pie a la vez, como si los hubiese impulsado el mismo resorte. Se quedaron un instante mirando al profesor como dos soldados y cogieron sus cosas para marcharse.

—Olvídate —dijo Joaquín—. Ya he dado la orden de desmontar ese chisme. No permitiré que te metas de nuevo en una trampa como esa, al menos mientras estés bajo mi responsabilidad.

—¿Pero es que no comprendes que...?

—Sí, lo comprendo. Comprendo que has estado a punto de morir, que casi no te recuperamos cuando entraste en parada. Que ya no eres ningún

adolescente y que tu corazón no resistiría otra prueba. Lo siento, amigo mío —dijo, abriendo la puerta—. Si nos vemos en la tesitura de enviar a algún otro... «intranauta» a hacer ese viaje, será alguien más joven y preparado, no tú.

—Chantal cogerá el AVE mañana con los maras congelados y volverá con datos interesantes —aseguró Castillo—. Y tú seguirás siendo parte de nuestro equipo cuando te den el alta, así que no te preocupes, que no te perderás nada. Ni el más mínimo bit de información.

—Ciao —dijo Zamaro, cerrando la puerta. Pero antes de que lo hiciera, Delagua lo detuvo.

—¡Espera! Dime una cosa, ¿cuánto tiempo estuve dentro del tanque?

—Oh, pues... unos cuarenta minutos, nada más. ¿Por qué?

10. La segunda señal

La carta que Chantal tenía en las manos estaba firmada por una Z tan seca y dura como el mensaje:

TENÉIS ENTRE LAS MANOS EL FUTURO DE LA
CIENCIA EN ESTE PLANETA.
NO LA CAGUÉIS.

Z.

A eso se le llama tener tacto, pensó la muchacha mientras se acomodaba en el asiento. El tren ya estaba saliendo del andén y comenzaba su lenta aceleración hacia los trescientos por hora, aunque la sensación de velocidad aún era muy tenue.

Un borroso ronquido perruno le llegó desde los asientos de delante. Una niña llevaba a su mascota en una jaulita acolchada de la que salía su naricilla como una uva roja exploradora. La niña acariciaba la caja como si fuera la piel del perro y le susurraba cosas.

Chantal deseó que la caja que ella misma llevaba fuera tan bonita como aquella y tuviera dentro un animal vivo en lugar de los restos diseccionados de varios córtex cerebrales. Pero lo que tenía sobre el regazo no era una jaula, sino un maletín refrigerado con una cruz roja en el costado y un permiso de Sanidad pegado con esparadrapo. Chantal permitió que sus dedos le demostraran aquella realidad tanatológica a su alma: que *Hipo*, *Galeno* y *Teofrasto* estaban muertos, que habían fallecido por hacer un gran servicio a la Humanidad... y que nada de eso mitigaba un ápice su dolor.

Era absurdo y si se lo contara a gente lo suficientemente cínica (como Delagua) seguro que se reirían, pero Chantal había acabado por cogerles cariño a aquellas cositas peludas. Ya se lo había advertido su profesor de quinto de carrera: «No los veas como mascotas sino como herramientas, o lo vas a pasar muy mal».

Sí, claro, y si fuera tan fácil dejar a un lado los sentimientos y los prejuicios, el ser humano habría llegado a la Luna mil años antes, no te fastidia...

Bueno, ella cumpliría con su trabajo y le dedicaría en privado unas oraciones a su querida *Hipo*. Y se compraría un pájaro y le pondría el mismo nombre, y... En fin, habría tiempo para todo. Qué demonios, seguro que iban a acabar dándole el premio *Brain* por aquello, lo que hacía aún más dolorosa la pérdida. Por lo útil que le iba a acabar resultando tanta crueldad.

Chantal hizo un esfuerzo por quedarse dormida. Echaba de menos a su novio, que en esos momentos estaría preparando los exámenes de neurocirugía. Estaban acostumbrados a pasar largos periodos de tiempo alejados el uno del otro, pero eso no hacía sino avivar las ganas que tenían de verse. Y las ganas de Chantal de dejar de sentirse monástica.

El paisaje se deslizó cada vez a más velocidad, con una suavidad y un rumor bajo los zapatos que la arrullaron hasta que se quedó dormida. El sueño se la llevó lejos y, por eso, Chantal no percibió el momento en que la caja empezó a vibrar bajo sus dedos.

La gente rodeaba el hospital esgrimiendo pancartas como ejércitos en lucha, con sus desnudos lemas escritos con caligrafía roja. Delagua los vio llegar como un centinela que viera formarse el cerco que iba a asediar su castillo y notó el pellizco del miedo.

Sentirse asediado por una multitud era algo nuevo. Lo cual, curiosamente, no disminuía ni un ápice lo bien que se sentía desde que lo había descubierto. Había sido una hora atrás, mientras estaba sentado con tranquilidad en el inodoro. Estaba dejando vagar sus pensamientos, tranquilo y sereno... cuando se dio cuenta de que realmente estaba tranquilo y sereno, cosa que no ocurría desde hacía un año. Y solo había una explicación posible para tanto bienestar.

Sus migrañas habían desaparecido.

Al principio tuvo miedo de meditar sobre ello, no fuera a ser que la ilusión se esfumara por el hecho de «tocarla». Como si fuera un frágil espejismo que no aguantaría ser traído a la luz. Pero sí que lo aguantó. De hecho, cuando los familiares de un paciente que estaba en la habitación de al lado pasaron frente a su puerta, todos con su esfera de R.A. desplegada y emitiendo ondas como salvajes... Delagua se llevó las manos instintivamente a la cabeza, pero nada ocurrió.

Nada.

No sintió las microondas de aquellos cachivaches infernales, ni los frentes tormentosos de la televisión por antena, ni siquiera los aguzados mordiscos de las frecuencias TTV de los *walkie-talkies* de los vigilantes. Por primera vez en meses, su cabeza estaba vacía y en silencio. El síndrome HBI había desaparecido.

Delagua sintió ganas de bailar. Se marcó un chachachá improvisado con una aturdida auxiliar que no tenía tiempo porque estaba sirviendo las comidas. Estaba alegre porque por fin había caído un milagro por una de esas raras rendijas en el pavimento del Cielo; y resultó que él estaba debajo.

«La evolución no nos hace mejores que aquello que nos precedió», le había dicho a Laura. «Solo distintos. Nos lleva hacia un diseño más eficaz para soportar las condiciones actuales del planeta».

Seguía creyendo en ese axioma, pero eran sus implicaciones las que lo asustaban. Si él ahora era perfecto, si estaba bien afinado... ¿significaba que el nuevo paradigma de las cosas en la Tierra pasaba porque a todos los humanos les creciera esa antena en la cabeza? ¿Acabarían pareciéndose a una versión moderna de los Snorkels?

Y lo peor de todo: ¿Acaso necesitarían hacer ese cambio para poder sobrevivir a lo que se avecinaba?

Se acercó a la ventana para tomar aire y vio a la multitud. Su enorme ego le llevó a pensar que él era el motivo de aquella reunión de torquemadas, que lanzaban eslóganes al cielo sin temor a que les volvieran a caer encima. Pero entonces se puso las gafas.

No, se dijo con sorna; no era probable que

**ABAJO LAS REDUCCIONES SALARIALES, ¡JUNTA
ADMINISTRATIVA DIMISIÓN!**

tuviera demasiado que ver con él. Ni que

**NO SOMOS PEONES PARA VUESTROS JUEGOS
ECONÓMICOS, EL PERSONAL SANITARIO TAMBIÉN
TIENE FAMILIA**

fuera un frente de lucha destinado a hacer algo con su nuevo apéndice.

Delagua se sintió un poco culpable. Y sorprendido ante su falta de perspectiva. Había pensado tanto en sí mismo y en sus problemas que, paulatinamente, fue dejando el mundo atrás. Ahora se encontraba con que el mundo no (desde luego que NO) giraba en torno a él. Y que por mucho que

fuera un monstruo de feria, al resto de la gente le traía sin cuidado su situación.

Vaya, lo más probable sería que ni siquiera supieran que estaba allá arriba, piso quinto, puerta 513, y que su cerebro valía millones para la investigación médica. Se sintió alarmantemente decepcionado. ¿De veras había llegado a creerse tan importante? ¿Tanto le apenaba que la gente enarbolara pancartas por recortes salariales antes que para celebrar que a él se le hubiese ido el dolor de cabeza?

Se dejó caer en el sillón reservado a las visitas. Eligió un lema para sí mismo: «Si te apetece, pues hazlo». Era una filosofía que prometía darle buenos resultados a todos los niveles, desde el sentimental al profesional, siempre que los demás le dejaran ponerla en práctica. El pensamiento en sí era puro y no consignaba una condena moral a quienes vivieran su existencia según impulsos.

Entonces lo oyó.

Era un rumor sordo, una leve vibración que nació en la parte baja de su nuca y se fue extendiendo en forma de ondas sísmicas hacia arriba, hasta coincidir consigo misma allá donde la tonsura del pelo lo había dejado preparado para ingresar en un monasterio.

Delagua tembló. No, por lo más sagrado, no era posible que el HBI resucitara. No ahora que se había hecho a la idea de no tener que sufrirlo más. No ahora que empezaba a hacer planes para el futuro.

Desfallecía de hambre, pero aún así se dio cuenta de lo que pasaba: No, no era el HBI volviendo en plan reflujo. Pero tampoco era nada que se pudiera diagnosticar en un centro de salud.

Delagua oyó la canción en las bóvedas de su cráneo y supo que era igual a la que tocaron para él cuando estaba en el T.A.S., viajando hacia el infinito como un David Bowman pasado de rosca. Era el mismo sonido que se quedó reverberando en sus oídos hacía un año, cuando la primera Señal arrasó la biosfera terrestre.

Estaba volviendo a suceder.

—Oh, no... —murmuró, asomándose todo lo que aquella ventana anti-suicidios le permitía. La gente estaba soltando las pancartas y llevándose las manos a la cabeza para mitigar el dolor, un chillido cuántico que crecía en intensidad hasta límites insoportables.

Martes veintinueve de octubre, casi un año justo después del impacto de la Primera Señal.

El desastre estaba volviendo a repetirse.

Algo despertó a Chantal de manera brusca, un temblor, un alarido: alguien gritaba junto a su oído. El suelo se movía. Y el mundo se quemaba entre las ascuas de un fuego invisible.

«¡No puede estar sucediendo otra vez!», se gritó por encima del estruendo, a sabiendas de que fuera de su cráneo ese rugido no existía. Era una onda de choque electromagnética, un seísmo de radio y ultrafrecuencias mezclado con delirios gravitatorios y cuánticos.

Una Segunda Señal procedente del espacio. Y parecía más fuerte que la primera.

El pánico la sacudió como a una muñeca sin voluntad. Y entonces pensó: Cristo, es un AVE, una máquina de alta velocidad. Va a descarrilar. Todos moriremos. Y no iba muy desencaminada, porque las personas que viajaban a bordo estaban retorciéndose de dolor, sintiendo cómo les hervían la neuronas. La niña del perrito lloraba llamando a su madre, probablemente la señora que estaba sentada a su lado, mientras el animal golpeaba frenético las paredes de su diminuta prisión. Pero no había sitio a donde ir, porque no podía escapar de su propio cerebro.

Tardó un segundo en darse cuenta: ¡la Señal también estaba afectando a perros! ¿Y a más animales, tal vez?

Chantal podía ver el pueblo por el que estaban pasando, un borrón de casas pintorescas y fincas de belleza agreste; y la gente que se le quedaba grabada en la retina durante un cuarto de segundo, como disparos de acuarela en un cuadro cinético, gritaba de dolor igual que ellos.

Chantal vio cómo aquella niña se ponía en pie y caía al suelo, rodando hacia ella a medida que el vagón se levantaba, perdía horizontalidad y crujía como el leviatán de chatarra disparado a velocidades supersónicas que era. Se estaba levantando del suelo, saliéndose de la vía. El tren gemía como un ser vivo sometido a una tensión brutal, a una torsión capaz de desgarrar sus músculos de fibra de carbono y sus huesos de titanio.

«Está pasando», se dijo mientras los fuegos de la mutación neuronal lamían su cerebro. Iba a morir junto a aquella niña. El tren estaba a punto de descarrilar a trescientos diez kilómetros por hora. El impulso electromagnético habría vuelto locas las máquinas, destrozando los ordenadores que controlaban su trayectoria y los conductores que podían echar mano del freno de emergencia serían menos que guiñapos en el suelo de la cabina.

Entonces se fijó en que la nevera de contención de órganos se había abierto, y los bulbos raquídeos de los maras refulgían con una suave tonalidad turquesa. Lo estaban captando todo, como antenas vivas.

Chantal se tocó la nuca y lo sintió crecer; notó cómo se desarrollaba su propio orgánulo, su billete para cambiar una raza de homo sapiens por otra. Delagua diría que estaban actualizando a lo bestia la especie, pasándola a la versión dos punto cero.

Su vagón salió disparado hacia el cielo al colisionar contra el que iba en cabeza, hubo un sonido atronador como de planetas chocando unos contra otros y haciéndose añicos en el proceso, y Chantal aulló de terror.

Todo se volvió oscuro.

Delagua se había preguntado en ocasiones qué pensarían los inquilinos de los manicomios si pudieran mirar al mundo exterior en determinados momentos de la Historia. Momentos como las grandes guerras. Y cómo juzgarían lo que estaban viendo.

¿Pensarían que el resto de la humanidad se había vuelto loca, como ellos, o que ese era el nuevo estado natural de las cosas? ¿Exigirían que los liberasen para cambiar una prisión de paredes acolchadas por otra formada por aire libre, países dementes y vientos de maldad?

En aquellos momentos se sentía como uno de esos hipotéticos locos, mirando por la ventana de su habitación e intentando comprender lo que veía. Y eso que contaba con una ventaja: tal vez fuera porque había acelerado su evolución hacia el estadio final, pero lo cierto era que no sufría los efectos demoledores de la Señal como el resto de la gente. De hecho, mientras médicos, enfermeros y pacientes corrían a su alrededor presos de la histeria, dándose golpes contra las paredes... él estaba bien. Estupendamente.

La Señal, que esta vez duró mucho más que la anterior (por lo menos cuatro minutos de infernal música celeste), se fue atiplando hasta que se acopló a un suave latido, como la corriente sanguínea que encuentra ecos marinos en una caracola.

Antes de que alguien se recobrara lo suficiente como para darle el alto, se echó la gabardina por encima de la bata, se calzó unas zapatillas y salió del hospital a toda prisa. Como no podía robar ningún vehículo (no sabía conducir) ni tomar un taxi para que lo llevara hasta la Universidad, se lanzó a caminar entre el caos.

Debía ver a Zamaro cuanto antes. Aquello tenía que acabar de una vez por todas.

Tardó una hora en llegar a su destino. En ese tiempo, lo que la Segunda Señal dejó tras de sí fue la anarquía: gente tomando las calles como hordas de zombis dementes, incendios por doquier, toneladas de coches formando diques que cegaban las avenidas...

«Ay, si Carl Sagan levantase la cabeza», pensó, colándose por delante de un guardia de seguridad al que le sangraba copiosamente la nariz. En el tercer piso de la Facultad se encontró con los operarios que cargaban los restos del tanque T.A.S. Los despidió con furia, gritándoles que volvieran a sus casas, que dejaran de deslomarse estúpidamente porque sus familias los necesitaban. A todos les pareció una excelente idea.

Fue entonces cuando vio a Zamaro y a Laura.

—¡Delagua! —exclamó el primero—. ¿Qué haces aquí? ¿Pero no estabas...?

—¡Estoy donde debo estar! ¿Qué ha pasado con Chantal, alguien ha sabido algo de ella?

—Nnn... no. Íbamos a empezar... a hacer llamadas, pero las líneas están colapsadas. —Se dio cuenta con sorpresa del estado tranquilo y centrado que ofrecía Delagua, a pesar de su vestimenta—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿No has sentido el...?

—Sí, pero por suerte mi cerebro parece haberse adaptado del todo a la frecuencia de la Señal. Ya no me duele —dijo con alegría—. No hay vuelta de hoja, Joaquín. Debo realizar el viaje final.

Delagua miró el tanque. Un destello extraño cruzó de izquierda a derecha su mirada, algo que iba un pasito más allá de la obsesión.

—Si tú asumes toda la responsabilidad, adelante —dijo Laura. Y ante la mirada horrorizada de Zamaro, aclaró—: Él es posiblemente el ser humano que en estos momentos se halla más cerca de la evolución final. Después de lo que ha ocurrido, si quiere ver lo que hay más allá, por mí de acuerdo. Que se asome al balcón del infinito.

11. El experimento Delagua (segunda parte)

La falta de noticias sobre Chantal era angustiante. Resultaba increíble cómo el ser humano dependía de sus trastos de alta tecnología para saber cosas: desde que Internet se había reducido a un zumbido de abejas que corrían cable arriba y abajo, en una danza de apareamiento digital, las personas se habían quedado constreñidas a la pequeña burbuja de su espacio inmediato. Era descorazonador lo diminuto que se había vuelto el mundo.

Tanto Zamaro como Laura tenían a sus familiares en otras ciudades, por lo que en lugar de salir corriendo a ver si estaban bien, no les quedó más remedio que esperar a que restablecieran las comunicaciones y las ciudades recuperasen un asomo de normalidad. Eso le vino de perlas a Delagua, porque necesitaba su ayuda para preparar el tanque.

Se desnudó, se acopló él mismo los cables y se sumergió en el líquido.

—¿Funciona el electro?

Castillo lo chequeó con una mueca.

—A ratos. Su *firmware* parece estar intacto, así que lo resetearé y probaremos a ver si arranca.

—¿Y la bomba de oxígeno?

—Tranquilo, si veo que desciende la presión, yo mismo la bombearé aunque tenga que soplar dentro del tubo —dijo Zamaro.

—Vaya, casi prefiero asfixiarme a que me metas tu saliva dentro de los pulmones... —Les mostró el brazo—. Venga, ponedme el chute.

Castillo sacó una jeringuilla del estuche y la llenó con el cóctel de drogas de Chantal.

—Ufff... —protestó Delagua—, el pico este es demasiado puro, señorita. ¿Qué se piensa, que puede jugar así con mi vida?

—Vete al cuerno.

Justo antes de ponerle la mascarilla de oxígeno y cerrar la tapa, Laura le preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? No sabemos lo que te puede pasar si llegas hasta el final.

—Vosotros ocupaos de encontrar a Chantal y dejadme esto de la evolución humana a mí.

Y allá vamos otra vez con la cuenta atrás. Ensayemos una nueva: Daisy uno, Daisy dos, Daisy tres...

...Y estuvo en otro lugar.

Su mente estaba fuera de su cuerpo, eso no lo sabía pero lo intuía, igual que un pájaro intuye la existencia de un cielo que es solo color y gravedad.

El aire estaba roto, la luz, lechosa y cuarteada; fuerzas invisibles templaban el espacio y lo envolvían como el tropo abraza a la metáfora. Las distancias parecían reducirse y doblarse sobre sí mismas, altas olas de tiempo colisionando contra la playa de sus sentidos.

«¡Dios mío, esto es la Señal, un camino de dos sentidos, una esclusa de escape hacia el infinito!», pensó, o alguien pensó por él y le ofrendó la hipótesis resultante.

Delagua cabalgaba una onda de choque formada por su propia mente, abandonada en el vacío. A su alrededor caían las estrellas. A su alrededor, el Tiempo se comportaba como un monstruo hambriento con sed de soles y ansia de mundos. Vio lo que hacía con las estrellas, envenenándolas con sus dedos portentosos y haciéndolas detonar como frutos podridos. Las esferas de viejos soles se hincharon a gran velocidad formando burbujas, diamantes esparcidos por una playa de polvo cósmico. Una fluctuación las envolvió como una pátina de neón; potentes energías hendieron el tiempo, pulverizándolo y tejiéndolo otra vez, y se hizo el silencio. Las estrellas reventaron en forma de globos que crecían a la velocidad de la luz, tragándose planetas y todo lo que hallaban en medio, sin distinción ni misericordia.

Túneles de tiempo con

(instantáneas de)

un ser humano gritándole a la inmensidad

(y susurros de)

fantasmas de creencias matemáticas, embrujándole con vendavales de fórmulas.

Entonces la caída a través de aquel túnel cesó y la mente de Delagua frenó en seco. Se veía a sí mismo flotando en el espacio, su cara desencajada en un rictus de terror y, frente a él...Un mundo marrón y dorado, cortejado por la gravedad. Delagua se había convertido en un asteroide. Su piel reflejaba

constelaciones con una intensidad cegadora, visible a través de los campos prismáticos de las auroras boreales. La galaxia, derramada en aquel espejo curvo, parecía una enorme rueda de estrellas. Si alguno de los habitantes del planeta hubiese mirado hacia arriba en el instante correcto, no le habría costado distinguirlo de las demás estrellas que ondulaban tras la cutícula de la atmósfera.

¿Es este vuestro mundo de origen?, le preguntó a la mismísima frecuencia de la Señal, la locomotora que arrastraba su mente por el vacío. ¿Fue aquí donde nacisteis, donde aprendisteis a mirar más allá de las nubes que tachonaban vuestro cielo? ¿Es desde aquí de donde nos lanzáis vuestro evangelio?

¿Lo hemos interpretado mal? ¿Qué clase de mensaje es? ¿De saludo, de desafío, de advertencia...?

Delagua descendió por el cono de la Señal hasta la superficie del planeta. Entre penumbras draconianas, atardeceres ventosos y nubes de amoníaco, buscó su origen: un destello de civilización, la herida tecnológica no cicatrizada de otra forma de vida.

Una nave estelar.

Entonces los vio, a Ellos, trabajando en el suelo bajo la sombra de la nave. Y aprendió cosas, conceptos puros extraídos del sustrato de la Señal. Delagua supo que se llamaban a sí mismos Alfan, que en su lengua significaba «los que no tienen tiempo suficiente», y que no habían logrado escapar a la última trampa del universo: la velocidad de la luz, la implacable jaula de la distorsión relativista.

Igual que los seres humanos, estaban presos en las fronteras de su sistema solar. Solo que ellos tenían una ventaja: su mundo no era el único invadido por formas de vida. Había otros, rocas, gigantes de gas, incluso cometas errantes que cada varios milenios los visitaban con su ecosistema a rastras. Un árbol completo de la vida al que solo el calor de las estrellas podía inflamar y al que el frío de los espacios interestelares sumía en un letargo de siglos.

Los Ilfhany habían saltado de su mundo a esos planetas habitados y también al cometa errante. Y habían desarrollado un concepto que a un triste humano como Delagua le parecía incomprensible: la Linergía, el flujo transtemporal de experiencias vitales entre los diferentes órdenes biológicos. La transmisión permeable de conocimientos, junto con instrucciones para adaptar los cerebros de los que recibían el regalo a las capacidades más avanzadas de los donantes.

—¿A esto se reduce todo, al ansia por compartir información? —susurró Delagua—. Estáis presos en vuestro espacio, a cientos de años luz de ninguna parte y a tan solo cien o doscientos millones de años de la explosión de vuestra estrella, del fin de vuestra civilización. Por eso construisteis el Objeto, una antena de repetición no tripulada, y lo lanzasteis lejos, muy lejos, hace eones. Mi primera teoría era falsa, no se trataba de un dios errante que atravesó por casualidad el vecindario, sino una creación de vuestros científicos. Y también de vuestros poetas.

»¿Ya estáis muertos, entonces? ¿Os habéis extinguido por culpa de esa maldita velocidad de la luz, de esa barrera infranqueable? ¿Solo tenéis al Objeto que vosotros mismos lanzasteis hacia las fronteras de la galaxia como repetidor de una Señal que fue enviada hace incontables eones?

Unos conceptos implosionaron en su cerebro, haciéndole daño:

Bicameración, o el arte de tomar prestada la genética de otras especies inferiores y añadirle órganos mejorados, para que sean capaces de afrontar la Linergía.

Carbondimorfys, o el agente transformador para moléculas de carbono que las abre a la influencia de un tubo hepta-temporal de siete dimensiones y dos sentidos, una autopista utilizada por los Ilfhany para compartir sus conocimientos acumulados con especies no compatibles.

Linergía, o red de colapso causal que estimula los cambios en el bulbo raquídeo, variando la polaridad de las partículas qbit y haciendo saltar a los electrones de sus órbitas, bailando de spin en spin en una ordenada transmisión de datos.

Delagua tembló, sabiendo que esos conceptos quizá fuesen dañinos para él. Pero eran el nuevo manual de uso, el lenguaje de otra especie que los humanos tendrían que aprender a dominar. No eran simple tecnojerga, sino herramientas para manejar ideas difíciles.

—Así que es eso... —murmuró, su mente un pulso de información concreto en la Linergía—. Diseñasteis la Señal para que fuese efectiva en cerebros como los vuestros. Pero claro, no todos los seres vivos han seguido la misma senda evolutiva. Otros nos vimos enfrentados a encrucijadas que limitaron nuestra percepción a la luz de más de 4×10^{14} vibraciones por segundo...

»Por eso incluisteis ese caballo de Troya neurológico en la Señal: el primer pulso no transmite información, solo reprograma las neuronas para que modifiquen su estructura y se vuelvan sensibles a las vibraciones de más de diez elevado a veintidós hertzios. ¡Luego el cuerpo muta por sí mismo, para

protegerse contra el daño causado por esas mismas frecuencias igual que la piel muta para blindarse de los rayos nocivos del sol! ¡Y usa como patrón la arquitectura que él mismo tiene grabada en su ADN, por lo que no necesitáis conocer de antemano la biología de cada especie! —Comprendió, emocionado—. Luego llega el Segundo Pulso y estimula aún más a los organismos en esa dirección, solo que esta vez los enlaza mediante una radio biológica, el maldito rábano azul. La trampa autorreplicante ATP-trifosfato que se genera a partir de ahí, creciendo desde el bulbo, aumenta el desarrollo mitocondrial en las regiones parietales del cerebro, acelerando la producción del adenosín-trifosfato en el límbico. Joder —gimió, atemorizado por su propia velocidad de pensamiento.

En su mente, el mundo se redujo a acontecimientos esenciales. Nacimiento, vida, sufrimiento, muerte. Delagua volvió su atención expandida hacia la Tierra. Más allá de las nubes que proyectaban su sombra sobre las existencias de millones de personas que retomaban su rutina, ignorantes de los secretos del Universo que pronto llamarían a su puerta, el destino se retorció como una cuerda hecha de lágrimas. Acontecimientos, épocas y peripecias se diluían en el olvido. Atrás, solo testimonios. Delante, la esperanza.

Supo que ya no había vuelta atrás, ni para él (le sería imposible regresar a su cuerpo, después de haberse alejado en alas de la canción electromagnética) ni para los humanos. Se despidió de todos, de Chantal, de sus compañeros, de la escasa familia que le quedaba y de las pocas personas a las que había logrado llamar «amigos».

Delagua lloró de felicidad, pues ante él se abría un universo de conceptos extraños e ideas audaces, la mayoría increíbles, otras simplemente fascinantes. Y supo que había alcanzado el Santo Grial del conocimiento: una mente grupal mucho más avanzada que la suya. Un libro con más conocimientos sobre todos los campos que a él pudieran ocurrírsele de los que nunca osó imaginar. Los Ilfhany habían muerto, exterminados por el fuego de su estrella o por las inmensas distancias del vacío, pero se habían asegurado de que otra especie, en un lugar muy distante, se hiciera depositaria (por la fuerza, aunque sobre los dilemas morales de este acto ya tendrían tiempo de reflexionar los filósofos durante los próximos mil años) de todo el saber acumulado de su raza.

Para que nada se perdiera, ni siquiera en las remotas y frías vastedades de la galaxia. Y todo ese titánico saber estaría al alcance de la Humanidad en solo una generación, si aceptaban unirse a la Linergía.

—Aquí estoy...

...El profesor Delagua mirando a la Eternidad. Y la Eternidad devolviéndole la mirada.

Epílogo: El Intranauta

El mundo abrió los ojos como quien despierta de un pesado sueño. Y como Laura Castillo formaba parte del mundo, al menos hasta donde ella creía, también despertó. Oía voces, charlando en algún lugar tras su lóbulo occipital. Pero eran tan tenues y etéreas que más bien parecían sueños.

Localizó el T.A.S., horizontal e inerte como un cadáver de bronce. Con un «¡ah!» descubrió que Delagua aún seguía allí, totalmente inmóvil, y con otro «¡ah!» (seguido de unos cuantos «ughs» cuando tuvo que drenar ella sola la solución y sacar aquel peso muerto de dentro) lo rescató.

Delagua estaba sumido en una especie de coma profundo. Pero estaba vivo: el pecho se le movía muy lentamente, en una cadencia tranquila que le hacía respirar una vez cada cinco o siete segundos. Castillo le inyectó un par de estimulantes y le hizo hasta un masaje cardíaco, aunque no viniera a cuento. Pero no sirvió de nada. El viejo no daba señales de querer regresar de donde fuera que hubiese ido.

¿Qué habría pasado fuera del laboratorio? Se oían sirenas lejanas, amortiguadas hasta un nivel submarino por las paredes, pero eso la reconfortó: significaba que había alguien vivo y que el mundo no se había transformado en un escenario post-apocalíptico como el de la película aquella del submarino. Todavía quedaba gente con vida ahí fuera. Y por lo visto seguía funcionando la tecnología.

Lentamente, con remos en lugar de piernas, entró en la sala de control. Allí había un televisor pequeño, de baterías, que los observadores solían poner de fondo mientras tomaban apuntes.

Con temor, casi con reverencia, lo encendió.

El latigazo que le cruzó la cabeza de una punta a otra la hizo doblarse de dolor. Una migraña la había golpeado con un guante de boxeador, como si saliera de aquella misma pantalla. No, de la pantalla no... de la graciosa antena en forma de V.

Se estremeció al comprenderlo. ¿Acaso era aquello lo que llevaba torturando a Delagua casi un año, la hipersensibilidad a las microondas?

¿Estaba enferma de HBI?

Con los ojos hechos dos ranuras y las manos masajeándose frenéticamente la nuca, allí donde notaba el bulto, miró la televisión. Sí, gracias a todos los dioses habidos y por haber, había emisión. Y parecía en directo. El mundo estaba tratando de recuperarse del *shock* y lo hacía de la única manera que unos primates acostumbrados a los trabajos rutinarios sabían: haciendo cada cual su trabajo.

Aquel canal en concreto era de noticias y estaba cubriendo algo horrible: un accidente de tren, un AVE volcado como un mecano abandonado por un niño. Personas corriendo sin rumbo fijo, restos de metal humeante... Parecía el escenario de una bomba atómica.

Laura estaba a punto de apagar el aparato cuando vio algo que la dejó paralizada. Y no precisamente por la tristeza, sino todo lo contrario.

Aquel cámara estaba enfocando a un grupo de supervivientes, atendidos por la Cruz Roja... y entre ellos había alguien que ella conocía. Chantal. Hecha un guiñapo, sucia y cubierta por costras reseca de sangre, pero viva y en relativo buen estado. Abrazaba a una niña que tenía un perrito y que en ese momento estaba reuniéndose entre llantos de felicidad con sus padres.

Chantal. Estaba viva y ayudando a los demás a sobrellevar aquel desastre. Laura no pudo contener las lágrimas.

Si tan solo pudiera decírselo al profesor... pero en esos momentos, y hasta que no saliera del coma, era imposible. Si es que lograba salir. Por el momento lo único que Delagua asemejaba era un vegetal y, aunque siguiera habiendo vida en su interior, era una vida distante y efímera.

¿Cómo había bautizado Delagua a aquel fenómeno? Algo así como «coevolución tecnofílica análoga». O, en cristiano: lo que ocurría cuando una especie obligaba a otra a desarrollar órganos análogos a los suyos, que la Naturaleza no tenía previsto regalarles, para completar una misión.

Era un concepto muy atrevido. Delagua dijo que los humanos lo hacían tecnológicamente a cada rato, simulando con máquinas las facultades de los animales. Pero esto era distinto. ¿Para qué serviría el dichoso bulbo? ¿Era, como él había arriesgado, algún tipo de antena para conectar con el Objeto cuando se aproximara a la Tierra? Teniendo en cuenta los efectos dañinos de las microondas, era lo más probable. Ahora los humanos tenían antenas de cadmio naturales injertadas en el cráneo y sus hijos nacerían ya con ellas. Nadie había pedido tal regalo, nadie lo habría aceptado de buen grado, pero estaba allí. Fuera cual fuese el plan que tenían los hombrecitos verdes, acabarían saliéndose con la suya.

Laura intentó tranquilizarse diciéndose que tenían la respuesta para todos esos enigmas a la vuelta de la esquina. De hecho, ya había alguien, una persona, que seguramente lo habría averiguado, solo que no estaba en condiciones de decirles nada.

Se acercó a Delagua. Parecía tan tranquilo, reposando plácidamente... como si los problemas del mundo ya no significaran nada para él. Como si hubiese sido transportado a un lugar, o a un estado, donde tales cosas carecían de importancia.

Lo que Castillo nunca pudo explicar, ni siquiera cuando pasaron las semanas y los meses y Delagua no salió del coma, fue a qué venía la expresión que se le había quedado grabada en el rostro cuando lo sacó del tanque.

Una sonrisita picaresca, de estar de vuelta de todo y no querer regresar para contarlo.

La primera edición en papel de este libro se terminó de imprimir en los talleres de Podiprint, Antequera (Málaga), el 7 de marzo de 2018, exactamente 26 años después de que la agente especial Dana Scully investigase su primer expediente X junto a Fox Mulder; un caso de muertes relacionadas con supuestas abducciones.

Índice de contenido

Cubierta

Voces remotas de Albión

1. El hombre escondido
2. El grupo se reúne
3. El cuarto hombre
4. Anteriormente, en «Mi Marciano favorito»
5. Tres ratones (casi) ciegos
6. Herencia
7. El T.A.S.
8. El experimento Delagua (primera parte)
9. Análogos u homólogos
10. La segunda señal
11. El experimento Delagua (segunda parte)

Epílogo: El Intranauta

VOCES REMOTAS EN ALBIÓN

VÍCTOR CONDE



se

Lectulandia